



La bolsa amarilla

En una gran bolsa amarilla, herencia de la tía, Raquel guarda tres deseos: el de ser grande, el de ser niño y el de ser escritora. Pero a la bolsa llegan otros habitantes: el gallo, Rey, que prefiere llamarse Alfonso, el Gancho de Pañal, la Paragüas. Todo el universo de Raquel se concentra en su bolsa amarilla donde se tejen y culminan emocionantes historias.

A partir de los 9 años



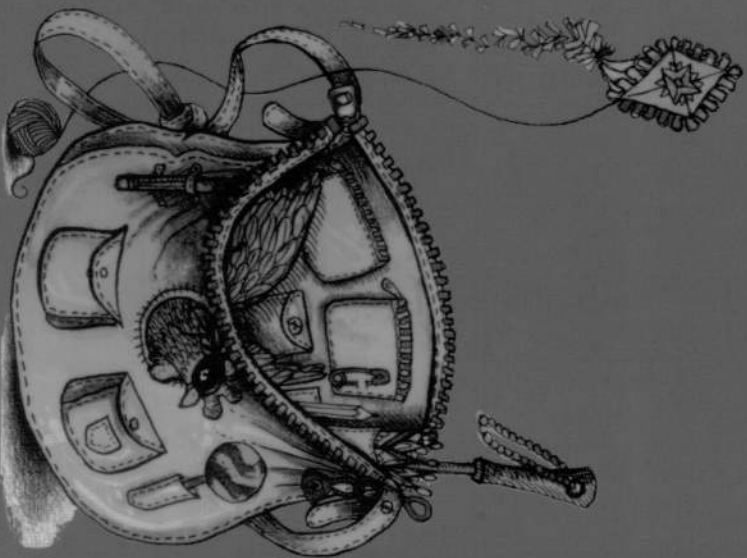
Lygia Bojunga

Nació en Brasil en 1932. El conjunto de su obra fue galardonado con la distinción más acreditada en el campo de la literatura infantil y juvenil: el Premio Hans Christian Andersen 1982, otorgado por IBBY (*International Board on Books for Young People*), concedido por primera vez a un escritor latinoamericano. Sus obras han sido traducidas a más de doce idiomas. En el año 2004 obtuvo el Premio Astrid Lindgren por el conjunto de su obra.

Ilustraciones de Esperanza Vallejo

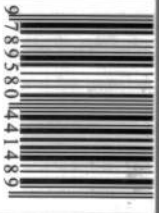
# La bolsa amarilla

Lygia Bojunga



GRUPO  
EDITORIAL  
norma

GRUPO  
EDITORIAL  
norma



ISBN 958-04-148-9

CC 11068  
CC 26011068

www.librerianorma.com

# La bolsa amarilla

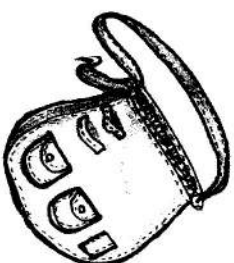
Lygia Bojunga

Ilustraciones de Esperanza Vallejo  
Traducción de Elkin Obregón

**GRUPO**  
**EDITORIAL**  
**norma**

<http://www.liberianorma.com>

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,  
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá,  
Quito, San José, San Juan, San Salvador,  
Santiago de Chile, Santo Domingo.



## Contenido

Los deseos	7
La bolsa amarilla	23
El gallo	33
Historia del gancho de pañal	45
La vuelta de la escuela	49
El almuerzo	69
Terrible se marcha	91
Historia de un gallo de pelea y de un carrete de hilo fuerte	99
Comencé a pensar diferente	111
En la playa	135

Título original en portugués:  
*A Bolsa Amarela*

© 1976 Lygia Bojunga  
© 1997 Editorial Norma  
A.A. 53550, Bogotá, Colombia

ISBN 10: 958-04-4148-0  
ISBN 13: 978-958-04-4148-9

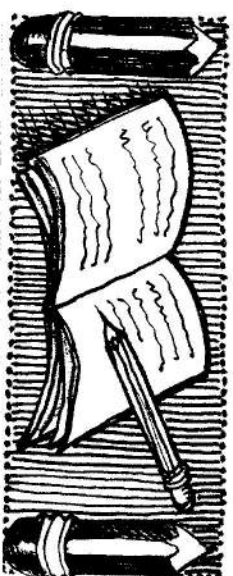
Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin  
permiso por escrito de la Editorial.

Segunda reimpresión en Chile  
Enero, 2010  
© Editorial Norma Chile  
Monjitas 527, piso 17  
Santiago

Impreso por Graphika Copy Center  
[www.librerianorma.com](http://www.librerianorma.com)

Traducción: Elkin Obregón  
Edición: Cristina Puerta  
Diagramación y armada: Blanca Villalba P.  
Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares  
Ilustraciones: Esperanza Vallejo

C.C. 26011068



## 1. Los deseos

**T**engo que encontrar un lugar para esconder mis deseos. No digo un deseo flaco, pequeñito, como tomar helados a todas horas, escaparse de clase de matemáticas, comprar zapatos nuevos porque no aguanto más los míos. Deseos así todos los pueden ver, no me preocupa en lo más mínimo. Pero los otros —los tres que de repente van creciendo y engordando toda la vida— ah, esos no los quiero mostrar más. De ninguna manera.

No sé cuál de los tres me confunde más. A veces creo que es el deseo de crecer de

una vez y dejar de ser niña. Otras veces creo que es el deseo de haber nacido niño en vez de niña. Pero hoy me está pareciendo que es el deseo de escribir.

He hecho todo para librarme de ellos.

¿Sirvió? ¡Hmm! Es cuestión de que me distraiga un poco y al momento se aparece alguno. Ayer mismo estaba comiendo y de pronto pensé: Dios, faltan tantos años para que me vuelva grande. Con eso bastó: el deseo de crecer comenzó a engordar, y tuve que salir corriendo para que nadie lo viera.

Hace mucho tiempo que tengo el deseo de ser grande y de ser hombre. Pero fue solamente el mes pasado cuando el deseo de escribir empezó a crecer también. Las cosas pasaron así:

Un día me puse a pensar qué iba a ser yo más tarde. Resolví que iba a ser escritora. Y empecé a fingir de una vez que ya era. Solamente por entrenar. Comencé escribiendo unas cartas:

*Querido Andrés:*

*Estoy con ganas de charlar. Pero nadie hace caso. Todos dicen que no tienen tiempo. Pero se sientan a ver televisión. Quería contigo mi vida. ¿Puedo?*

*Un abrazo de Raquel.*

Al otro día, cuando fui a ponerme los zapatos, encontré dentro de uno la respuesta:

*Puedes.*

*Andrés.*

Hasta parecía un telegrama, de esos que escribimos muy cortos para ahorrar dinero. Pero no hice caso. Escribí de nuevo:

*Querido Andrés:*

*Cuando nació mis dos hermanas y mi hermano ya tenían más de diez años. Creo que es por eso que nadie aquí en casa tiene paciencia conmigo: todos son grandes desde hace mucho tiempo, menos yo. No sé cuántas veces le oí decir a mis hermanos: "Raquel nació por casualidad. Raquel nació cuando ya no era hora. Raquel nació cuando mamá no estaba ya en condiciones de tener un hijo". Estoy sobrando, Andrés. Desde que nació estoy sobrando. ¿No te parece? Un día les pregunté: ¡Por qué mamá no estaba en condiciones de tener un hijo?" Ellas me contestaron que mamá trabajaba demasiado, ya estaba cansada, y que además en casa no había dinero para educar bien a tres hijos, qué decir cuatro. Me quedé pensando: "Y si ella no quería más hijos, por qué nació yo?" Pensé mucho en eso, ¿sabes? Y terminé opinando que una persona*

*solamente debe nacer cuando la madre de esa persona quiere que nazca. ¡No crees?*

*Raquel.*

Dos días después llegó la respuesta. Estaba escrita en una esquina del papel que envolvía el pan:

10

*Creo.*

*Andrés.*

No me gustó nada recibir otra vez un telegrama en lugar de una carta. Pero a pesar de eso seguí contándole mi vida:

*¡Hola, Andrés!*

*No puedo negar que mi familia se las arregla bien: mi papá y mi mamá trabajan, mi hermano estudia en la universidad, mi hermana mayor también trabaja. Solamente los veo por la noche. Pero mi otra hermana ni trabaja ni estudia, y por eso andamos siempre peleando. ¿Sabes qué dice? Que ella manda en mí, así de simple. No puedo traer a casa una amiga: mi hermana se pone las manos en la cabeza, y alega que los niños hacen berrullo. Nunca puedo ir a visitar a alguien: ella sale, le echa llave a la puerta, dice que va a hacer mercado (mentira, va a reunirse con sus amigos) y yo me quedo aquí, trancada, para atender al teléfono y decir que ella no se demora. Ganas no me faltarían de saltar por la ventana, pero ni eso puedo: sexto piso.*

*Esa hermana de la que te hablo es bonita*

*de verdad, tendrías que verla. No sé qué es más: si bonita o presumida. Imagínate que el otro día me dijo: "Soy tan bonita que no necesito estudiar ni trabajar: me sobran los hombres que quieren sostenerme; puedo darme el lujo de escoger".*

*Yo me inventé entonces que Roberto (un chico ricachón que le gusta mucho) había hablado mal de ella. "¿Sabes qué anda diciendo?" —le dije— "Que eres tan burra que hasta das pena". No te cuento los corrones que me llevé. Y esa noche, cuando los otros llegaron (me fui temprano a la cama porque me olía lo que iba a pasar), ella les dijo que yo seguía siendo la mayor inventora de chismes del mundo. Y, claro, todos se pusieron en contra mía. Me dormí muy triste, con un gran disgusto de ser niña cuando sería tan estupendo ser grande. Y no es que por gusto hubiera inventado nada, la cosa salió sin querer. Sale siempre así, sin querer, ¡qué culpa tengo? ¡Y siempre resultan aquellos lios, es terrible! Oye, Andrés, ¿me haces un favor? Deja ya esa manía de los telegramas y dime qué hago para no crear más lios. POR FAVOR, ¿sí?*

*Raquel.*

Esperé la respuesta no sé cuántos días. Hasta que una tarde hubo un ventarrón tremendo. La ventana del cuarto estaba

abierta, entraron hojas, polvo, y un papel escrito con la letra de Andrés. Vibré: era una carta de verdad, hasta más grande que las mías:

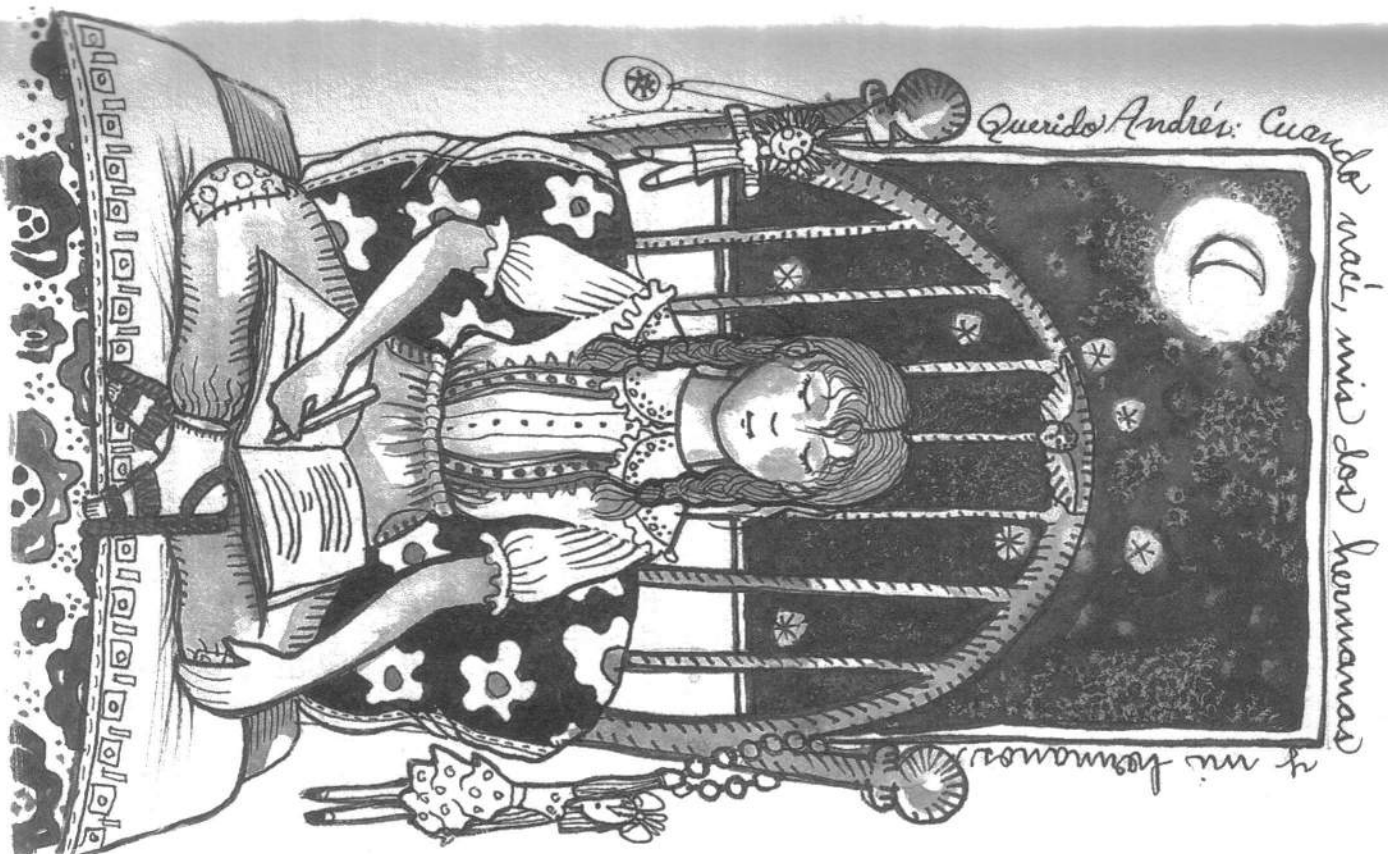
*Querida Raquel:*

*Para decirte la verdad yo no quería meterme en esa historia: una vez me puse a desenredar el problema de una amiga mía y acabé enredándome yo también. Pero dijiste POR FAVOR, y resulta bastante ruin no atender a un favor pedido con letra tan grande. Así que pensé mucho, y acabé por creer que para evitar más líos debes hacer lo siguiente: de ahora en adelante inventa sólo cosas inventadas, ¡entiendes lo que digo? Si inventas una historia con gente que no existe, apuesto que a nadie le importa. Si tu familia se molesta es porque en medio de la invención metes al novio de tu hermana, o, por decir algo, al gato de la vecina, o a la tía Brunilda, o no sé a quién más. Pero si inventas una historia con gente inventada, con una casa inventada, con animales inventados, con todo inventado, apuesto a que no te dan más coscorrones ni...*

*Estaba tan interesada en la carta de Andrés que no me había dado cuenta de que mi hermano estaba detrás de mí, leyendo también. Me arrancó la carta.*

*—¿Quién es Andrés?*

*—Nadie. Andrés es inventado.*



Mi hermano puso aquella cara de desconfianza que conozco tan bien.

—Ya vas a empezar, ¿eh?

—Palabra de honor. Tengo la manía de coleccionar nombres que me gustan; y me gusta mucho Andrés. Entonces, un día que no tenía con quien conversar, me inventé un niño para el nombre. Un niño estupendo: dos años mayor que yo, pelo y ojos negros, y que piensa igual a mí. Ahí fue cuando comencé a escribirle cartas.

—Oye: ¿por qué piensas que te voy a crear esa historia?

—Pues porque es verdad.

—¿Es tu novio?, ¿compañero de la escuela?

—¿Cómo va a ser? Te estoy diciendo que es inventado. Invento dónde me va a escribir, invento lo que va a decir, lo invento todo.

Mi hermano hizo cara de burla:

—¿Y por qué inventaste un amigo, en vez de una amiga?

—Porque me parece mucho mejor ser hombre que mujer.

Él me miró, muy serio. De repente rió:

—¿Para todo?

—Sí. Ustedes pueden hacer un montón de cosas que nosotras no podemos. Mira: en la escuela, cuando hay que escoger un

jefe para los juegos, siempre es un niño. Ni que fuera jefe de familia, que también es el hombre siempre. Si quiero jugar al fútbol, que es el juego que más me gusta, todos me apartan y dicen que es un juego de hombres; si quiero elevar una cometa, es lo mismo. Y, así por el estilo, no sé cuántas burradas: todo el mundo está siempre diciendo que ustedes son los que tienen que estudiar, que ustedes son los que van a ser jefes de familia, los que van a tener responsabilidades, los que van a tener todo. Hasta para pensar en matrimonio —¿crees que no me doy cuenta?— tenemos que esperar a que ustedes decidan. Siempre estamos esperando a que ustedes nos resuelvan las cosas. ¿Quieres que te diga algo? Me parece malísimo haber nacido niña.

Mi hermano ni siquiera se molestó. ¡Pero por qué lo iba a hacer? Yo estaba diciendo que ser hombre era bueno... Pensé que tal vez iba a querer conversar conmigo, pero solamente dijo:

—Ahora cuéntame, ¿quién es Andrés?

Casi me fui de espaldas:

—¡Pero si ya te conté!

—Cuéntame mejor. No me está convenciendo nada que ese tal invento tuyo sea solamente para poder charlar.



—Bueno, solamente solamente, no.

—¡Ah!...

—¡Ah, qué?

—Cuenta.

—Pues mira: Resolví que voy a ser escritora, ¿sabes? Y las escritoras tienen que vivir inventando gente, direcciones, teléfonos, casas, calles, un mundo de cosas. Por eso inventé a Andrés. Para irme entrenando desde ahora. Así de sencillo.

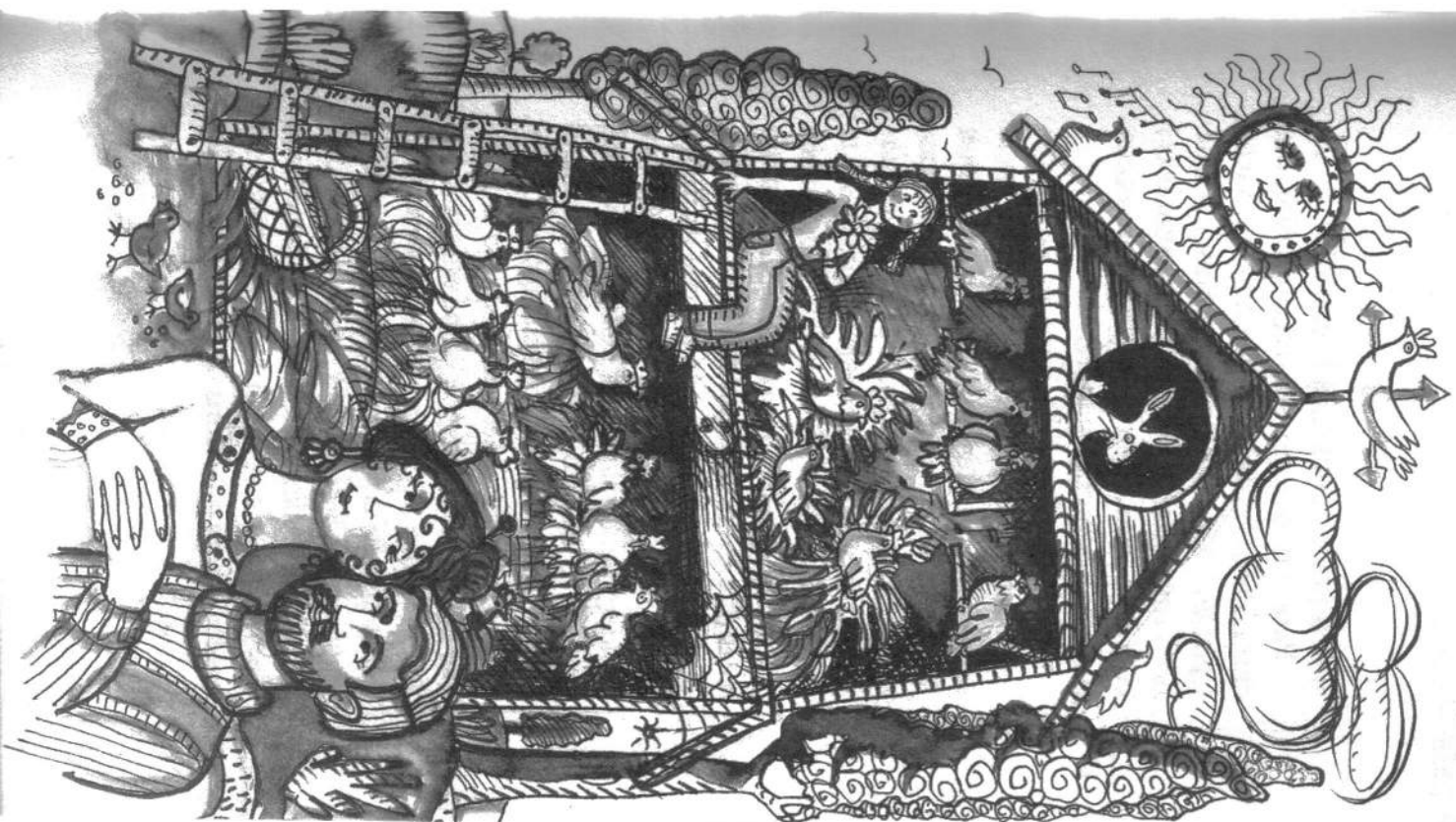
Entonces mi hermano hizo cara de disgusto y dijo que de nada servía conversar conmigo porque yo nunca decía la verdad. Me puse muy mal:

—Por Dios, ¿cuándo van a crear en mí? Si estoy diciendo que quiero ser escritora, es porque de verdad quiero.

—Deja esas ideas para después, ¿eh? Y en vez de gastar el tiempo en bobadas, dedícalo a estudiar más. ¡Ah! Y escucha: no quiero ver otra carta de Andrés, ¿entiendes?

Lo que entendí es que ya no había nada que yo pudiera decir. Ni siquiera respondí. Y cuando él salió del cuarto escribí a toda prisa una nota:

*No resulta, Andrés: los grandes no nos entienden. Creo que es mejor que no te escriba más.*



Y así fue: nunca más le escribí.

Pasé un tiempo sin escribir ninguna carta. Pero un día no tenía nada que hacer y pensé: "Ah, ¡y al fin de cuentas, por qué no?" Busqué en mi escondite de nombres, cogí uno que adoro, inventé una amiga para él, y comencé a escribirle:

18

*Lorelai:*

*Todo era tan lindo cuando vivía en el campo. La casa tenía un patio con millones de cosas, tenía hasta un gallinero. Yo conversaba con todos, gallinas, perros, gatos, lagartijas, conversaba con tanta gente que ni te imaginas, Lorelai. Había árboles para subir, un río que pasaba por el fondo, había tanto escondite bueno que me podía haber quedado escondida toda la vida sin que nadie me encontrara. Papá y mamá vivían riéndose, tomados de la mano, era lindo de ver. Ahora todo es distinto: andan siempre de mala cara, pelean, discuten por cualquier cosa. Y claro, después todo el mundo queda enfadado. Un día les pregunté: "¿Qué es lo que está pasando, que a cada momento se pelean?" ¡Y sabes que me contestaron! Que eso no debía importarle a los niños. Y lo peor es que ese asunto de los disgustos en casa me pone muy, muy triste. Me gustaría tanto encontrar un remedio para olvidarme de las peleas y de las*

*malas caras. ¡Será que tú me puedes dar ese remedio?*

*Un beso de Raquel.*

Ella escribió la respuesta en la última hoja del cuaderno de comunicación:

*Querida amiga:*

*Creo que el único remedio es que vuelvas al patio de tu casa. Allá andan todos de la mano, no hay peleas ni caras feas, y además tienes gato, río, gallinero. Apuesto que hasta conejos tienes.*

19

*L.*

Terminé de leer y le respondí, diciéndole que sí, que tenía conejos, pero que ése no era el remedio. ¡Cómo podía volver al patio? ¡Sola? ¡Pensaba que me iban a dejar? Al otro día, cuando entré al ascensor, encontré un papel caído en el suelo. Era una nota de Lorelai:

*Raquel:*

*Te escapas y listo.*

*Un beso de Lorelai.*

La cosa comenzó a calentarse: Le escribí diciendo que muy bien, que me iba; pero si ella venía conmigo. Ella aceptó. Entonces inventé el viaje. Fue cuando a mi hermana le dio por ordenar el armario y encontró las cartas detrás de la gaveta. ¡El escándalo que armó! "¿Quién es esa

tal Lorelai que te quiere ayudar a huir de casa?" Empecé a explicarle que Lorelai era inventada, que el viaje era inventado, que... pero ella ni me dejó acabar. Dijo que yo era un caso perdido, me dio un tirón de orejas, le llevó la queja a papá, todos se pusieron de nuevo contra mí, y yo empecé a sospechar que no se puede ser niña y escritora a la vez. Desistí de escribir cartas.

Me pasé un montón de días pensando en mi familia, para ver si entendía por qué se enfadaban tanto conmigo. Acabé desistiendo también: la gente grande es muy difícil de entender. Pero en compensación tuve una idea: "¡Y si escribo una novela! Nadie se va a poder enfadar, porque todo el mundo sabe que una novela es la cosa más inventada del mundo".

Me pareció una idea estupenda y escribí la novela. Pequeña. Pensé que para comenzar era bueno hacer una que fuera pequeña. Era la historia de un gallo llamado Rey—un gallo muy, muy bonito—que un día siente unas ganas locas de dejar la vida de gallo. Vivía en un gallinero con quince gallinas, pero a él no le gustaba dar órdenes y pensaba que eran demasiadas gallinas para un sólo gallo. A decir verdad, le aburría ser el jefe de una familia tan rara. Entonces resuelve huir del gallinero.

Pero tiene miedo de que todos se pongan contra él. Y se pasa la novela entera en aquella duda de si huye o no huye. Al final de la historia, resuelve lo siguiente: si no quería vivir esa clase de vida, no había más remedio que huir, y bien pronto. Y entonces huye.

Era un domingo cuando acabé la historia. Me llamaron para ir a cine. Salí a las carreras y dejé la novela en el cuarto. Mi hermana la vio y la leyó. (Cuando volví a casa me preguntó: "¿Cómo haces para pensar tantas tonterías, Raquel?"). Le hizo gracia y se la pasó a mamá para que la leyera.

Y mamá se la pasó a papá.

Y papá a mi hermano.

Y mi hermano a mi otra hermana.

Y ella a una vecina.

Y la vecina al marido, que además es el síndico del barrio.

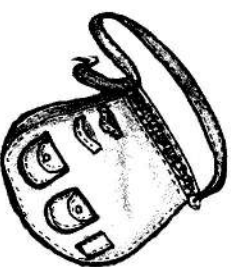
Al regreso del cine encontré a todo el mundo riéndose de mi historia. Aquello era una broma de nunca acabar sobre gallos, gallinas y gallineros. Y lo peor era que no se reían solamente de la historia: se reían también de mí, y de las cosas que yo pensaba.

Me fue dando tal rabia de haber dejado la novela en el cuarto que de repente, sin

pensar en lo que estaba haciendo, cogí la novela y la rompí. Rompí el gallo llamado Rey, la familia rara que tenía, rompí todo el gallinero con todo lo que había adentro. Resolví que hasta el día en que fuera grande no iba a escribir nada más. Sólo los deberes de la escuela, y ya era mucho.

Y fue a partir de aquello cuando el deseo de ser escritora comenzó a engordar, igual o más que los otros dos.

Si la gente aquí de casa ve mis tres deseos engordando de esa manera, y creyendo como globos, apuesto a que se van a reír. No entienden esas cosas, dicen que son niñerías, no las toman en serio. Tengo que encontrar de prisa un lugar para esconder los tres: si hay algo que no quiero ya es ver a los grandes riéndose de mí.



## 2. La bolsa amarilla

**M**i hermano llegó a casa con un envoltorio enorme. Gritó desde la puerta:

—¡Paquete de la tía Brunilda!

Todos corrieron, y mi hermana dijo:

—Miren qué cantidad de cosas.

Reventaron la cuerda, rasgaron el papel, todo se desparramó sobre la mesa. La confusión fue tremenda:

—El vestido rojo es mío.

—¡Ah, qué lindo collar! Y combina con mi suéter.

—Fíjate si vino alguna camisa del tío Julio para mí.

—Qué zapatos tan finos, apuesto a que son de mi número.

Me pone medio tonta ver la cantidad de ropa que compra la tía Brunilda. Compra y se cansa al segundo. Se cansa de todo: de los vestidos, los zapatos, las blusas. Los usa tres, cuatro veces y ya: la cansan. Un día pregunté:

—¿Si ella se cansa tan rápido de las cosas, para qué compra tanto? ¿Será para poder cansarse más?

Nadie me hizo caso. Me quedé pensando en el tío Julio. Papá dice que el tío Julio se quiebra la espalda para ganar el montón de dinero que gana. Si yo fuera él, me molestaría muchísimo ver cómo se gasta el dinero la tía Brunilda en unas cosas que la cansan tan pronto. Pero él no se molesta. ¡Eso me extraña tanto! Otra cosa bien rara es que si él reclama, ella le contesta siempre: "Voy a conseguir un empleo". Y entonces él dice: "¡De ninguna manera!" Y le da más dinero. Para que ella compre más. Y para que se siga cansando. A ver si algún día puedo entender ese asunto.

Seguían saliendo cosas del envoltorio.

Mamá dijo:

—Qué buena es Brunilda: sabe que vi-

vimos con lo justo y cada vez manda más ropa.

Dejé de hacer mis deberes y me quedé allí mirando. Vi aparecer una bolsa; todos la cogieron y la examinaron, dijeron que era fea y la hicieron a un lado. Antes, cuando llegaban los paquetes de tía Brunilda y no quedaba nada para mí, me sentía muy mal. Y si pedía alguna cosa todos me contestaban:

—Vamos, Raquel, la tía Brunilda sólo manda ropa de gente grande. A ti no te sienta.

—Se puede cortar y arreglar.

—No serviría: aunque se cortara seguiría teniendo cara de ropa para mayores.

—La ropa no tiene cara.

—Sí tiene, señorita.

Y nunca me quedé con algo. En un minuto se lo llevaban todo, y lo usaban, lo usaban, lo usaban hasta que se gastaba. Entonces, cuando ya la ropa estaba muy usada, le daban un corte aquí, otra costura allá, y la dejaban para mí. Yo no decía nada. Hasta que una vez no resistí y pregunté:

—¿Eso quiere decir que cuando la ropa se gasta, se le gasta también la cara de ropa de gente grande?

Y todos me dijeron que sí, que era exactamente eso. (Cosas por el estilo eran las que me hacían sentir tantas ganas de crecer: la gente grande siempre está pensando que los niños no tienen importancia).

Pero esa vez pasó algo distinto: de repente sobró un objeto para mí.

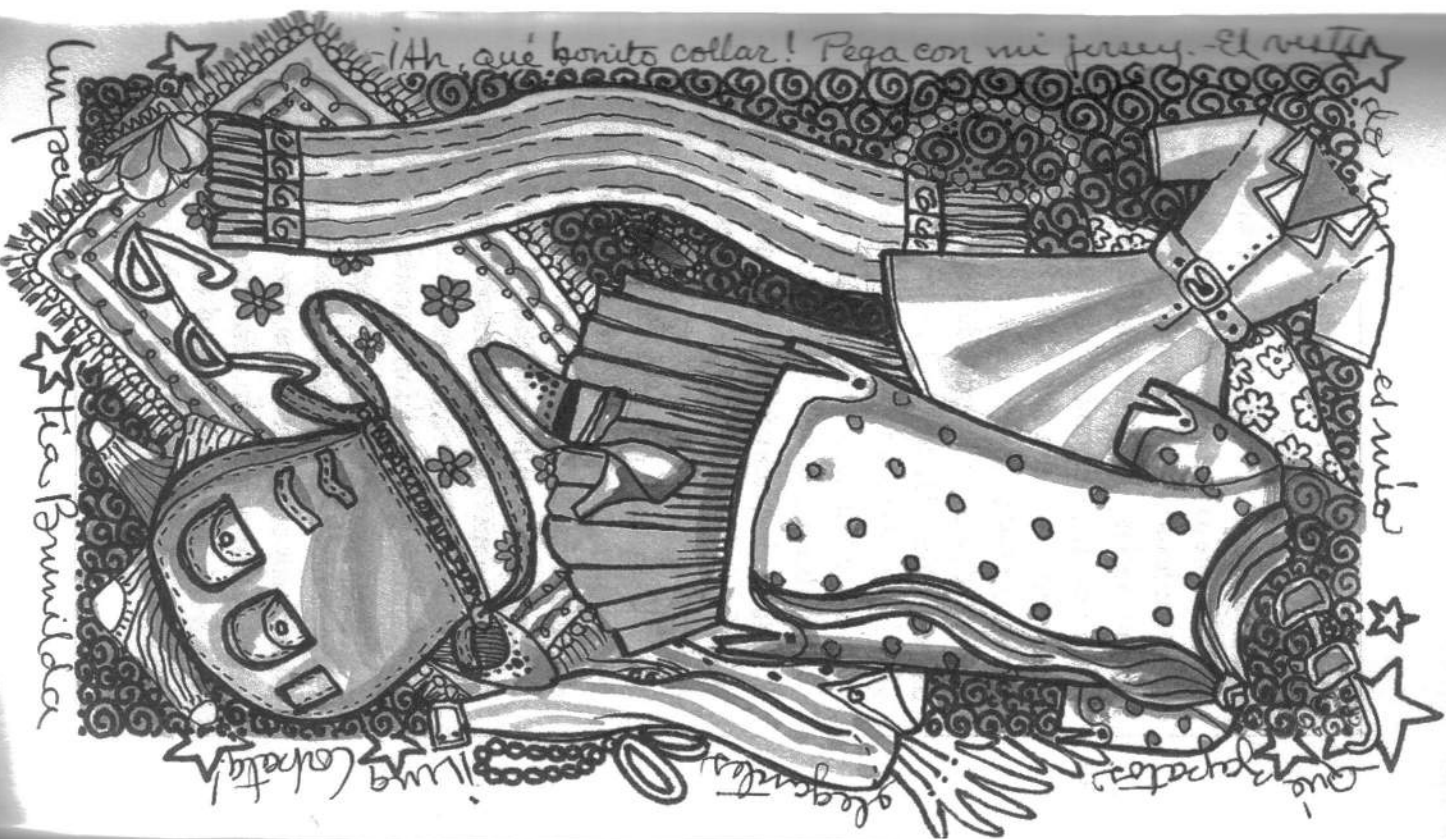
—Toma, Raquel, quédate con esto.  
Era la bolsa.

La bolsa por fuera:

Era amarilla. Eso me encantó: para mí el amarillo es el color más bonito que existe. Pero no era un amarillo siempre igual: en unas partes era fuerte, en otras se volvía más claro; no sé si porque ya se había desteñido un poco, o porque nació así, resolviendo que ser siempre igual es muy aburrido.

Era grande: casi que tenía más tamaño de morral que de bolsa. Tal vez era como yo: pensaba que no es bueno ser pequeña.

La bolsa no venía sola: tenía también una correa. Cuando me la colgué del hombro, la bolsa quedó arrastrando por el suelo. Entonces hice un nudo justo en la mitad de la correa. Aquello resolvió el



problema. Y hasta hizo que la bolsa se viera más graciosa.

No sé el nombre de la tela de la bolsa amarilla. Pero era gruesa, y si se le pasaba la mano arañaba un poco. La miré de cerca y vi los hilos que se cruzaban unos sobre otros; pero con mucho orden, sin armar líos. Me encantó. Pero lo que me encantó más todavía fue ver que la tela cedía: "Voy a poder guardar un montón de cosas ahí adentro".

—  
28

La bolsa por dentro:

La abrí despacio. Con miedo de que estuviera vacía. Espié. No pude creer. Espié mejor.

—¡Qué cosa más estupenda! —grité. Menos mal que solamente grité pensando: nadie me oyó ni me miró.

¡La bolsa tenía siete hijos! (Siempre pensé que un bolsillo de bolsa es hijo de la bolsa). Y los siete vivían así:

Encima, uno grandote a cada lado, los dos con cremallera; abrí y cerré, abrí y cerré, los dos funcionaban de maravilla. Más abajo tenía otros dos, menores, que se cerraban con botón. En uno de los lados había otro, tan largo y tan estrecho que me puse a pensar qué podría guardar

allí dentro (¿un paraguas?, ¿un martillo?, ¿un perchero de pie?) Al otro lado tenía un bolsillo pequeño, de tela fruncida, que se estiró cuando metí mi mano; metí los dos manos: se estiró más todavía; era un bolsillo con manías de acordeón; ¡cuántas cosas podría guardar en él! Y por último tenía uno muy pequeño, y yo decidí enseguida que era el bebé de la bolsa.

Empecé a pensar en todo lo que iba a esconder en la bolsa amarilla. Caramba, hasta se me estaba pareciendo al solar de mi casa, con tantos escondites buenos, que se cierran, que se estiran, que son pequeños, que son grandes. Con una ventaja: la bolsa la podía llevar siempre al hombro, el solar no.

—  
29

El cierre:

La bolsa amarilla no tenía cierre. ¿Se imaginan? Resolví que ese mismo día iba a conseguirle uno.

Cogí las monedas que había estado economizando y me fui a una tienda donde arreglan y reforman bolsas. Dije que quería un cierre y el vendedor me mostró uno, diciendo que era el mejor que tenía. Costaba mucho, el dinero no me alcanzaba.

—¡Y aquél? —pregunté. Era un cierre medio pobre, pero que brillaba de lo lindo.

El hombre hizo cara de poco entusiasmo, dijo que no era bueno. Lo ensayé.

—Pero abre y cierra muy bien.

30

El hombre dijo que era muy ordinario: se iba a estropear. ¡Vibré! Eso era precisamente lo que yo quería: un cierre con ganas de estropearse. Le pedí al vendedor que atendiera a otro cliente mientras yo pensaba un poco. Miré el cierre y le hablé con la voz más arrulladora que pude hacer:

—Oye bien, cierre; quiero guardar ciertas cosas muy bien guardadas dentro de esta bolsa. Pero tú sabes, ¿eh? A veces hay personas que les da por abrir las bolsas ajenas; si eso pasara, tienes que estropear-te a toda prisa, ¿entiendes? Te estropeas cuando yo piense: “¡Estropeáte!”, ¿convencido?

El cierre se quedó mirándome. No dijo que sí ni que no. Me di cuenta de que quería algo a cambio.

—Oye, ya vi que te encanta brillar. Si te estropeas en el momento preciso, te prometo que voy a vivir puliéndote para que estés siempre como un espejo. ¿De acuerdo?

El cierre hizo un clic muy bajito, con toda la cara de un “de acuerdo”.

Llamé al vendedor y le pedí que pusiera el cierre en la bolsa.

Llegué a casa y eché todo lo que quería en la bolsa amarilla. Tomé los nombres que había venido coleccionando y los puse en el bolsillo acordeón. Dejé vacío el bolsillo largo, mientras encontraba una cosa bien delgada para meterla en él. En el bolsillo bebé guardé un gancho de pañal que había encontrado en la calle, y en el bolsillo de botón escondí unas fotos del patio de mi casa, unos dibujos hechos por mí, y otras cosas que se me ocurrieron. Abrí una cremallera; escondí en el fondo mi deseo de crecer; cerré. Abrí la otra cremallera; escondí todavía más en el fondo mi deseo de escribir; cerré. En el otro bolsillo de botón puse el deseo de haber nacido niño (el deseo estaba muy grande, y fue difícil cerrar el botón).

¡Listo! Todo había resultado perfecto. Mis deseos quedaban presos en la bolsa amarilla, ya nadie iba a verles la cara.





### 3. El gallo

**M**e despertó de repente un ruido curioso. Miré a la ventana y vi que estaba amaneciendo. Otra vez el ruido. Casi muero del susto: era el canto de un gallo; y allí, muy cerca de mí.

Miré a mis hermanas. Seguirán durmiendo, no habían oído el canto. Espié debajo de la cama, detrás de la silla, dentro del armario. Nada. Pero en ese momento el gallo volvió a cantar, muy inquieto. Como si estuviera preso y quisiera escapar. "¡Estrá dentro de la bolsa!" La abrí inmediatamente, y el gallo salió.

—Vaya, si no abres tan a tiempo esa bolsa me habría asfixiado. Le pedí al cierre que no se cerrara por completo, para poder respirar. Pero lo pilló el sueño y cerró—voló hasta la ventana, aterrizó en el antepecho, y respiró hondo.

34 Yo estaba boquiabierta: nunca había visto un gallo que usara máscara. Y éste la usaba. Negra. Le cubría toda la cara. Solamente con dos agujeros, para los ojos. Caminó de un lado a otro por el antepecho de la ventana.

Me puse a pensar si alguna vez había visto a alguien que caminara tan bonito. Abrió las alas y vino a posarse junto a la bolsa. Me pareció mejor hacerme la desentendida: podría leerme en la cara que su vuelo me había encantado y ponerse demasiado vanidoso. Las plumas del cuerpo le brillaban más que el cierre. Las personas usan anillos en los dedos, pero él los usaba en las patas; eran dos: uno azul y otro rojo. Cuando vi los anillos me asusté: “¡Uh! ¿cómo es posible?” La cola era la cosa más linda que hubiera visto nunca, porque a veces alborotaba las plumas, y éstas, en vez de quedarse quietas como las del cuervo, fruncían la cara, se erizaban, cambiaban de color (había unas rojas, otras marrón, naranjas, doradas, hasta había una

plumita blanca, no sé si por la edad o por gusto), y a cada movimiento del gallo se sacudían, casi parecía que bailaban sam-ba, y seguían bailando cuando él volvía a quedarse quieto. Mientras más las miraba más me asustaba: “¡Caray! ¿cómo puede ser?” Hasta que no resistí más y le dije:

—¿Sabes? Te parecen tanto a un gallo que conozco, pero tanto, tanto...

Él se quitó la máscara y me miró. ¿Parecerse? ¡Ah! Era el mismísimo gallo. Rey. El gallo de la novela que yo había inventado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Psst! Habla bajo. Me fugué.

—Eso ya lo sé, claro, fui yo la que te hice huir del gallinero.

—Pero la cosa es que me pescaron.

—¡No me digas!

—Me devolvieron. Para que me hiciera cargo otra vez de aquella tribu de gallinas.

—¡Ah!

—¿No lo sabías?

—No. Mi novela acababa el día en que te fugabas. Solamente te inventé hasta ese día.

—Muy bien. Pero ya estaba inventado, y tuve que decidir lo que iba a hacer con mi vida. Pensé muchísimo. Y acabé resolviendo que iba a luchar por mis ideas.

¡Aquello me encantó! En la escuela, cuando nos leen la vida de Tiradentes y de todos esos señores importantes, aparece siempre la frase: "Hombres que lucharon por sus ideas".

—¡Qué lindo, Rey! ¡Y luchaste!

—No. En el momento en que decidí luchar me llevaron de vuelta al gallinero. Entonces llamé a mis quince gallinas, y les pedí que por favor me ayudaran. Les expliqué que estaba cansado de darles órdenes a cada instante. Pero me contestaron: "Tú eres nuestro dueño. El que decide todo por nosotras". ¡Sabes, Raquel! No ponían un huevo, no escarbaban, no hacían nada sin antes preguntarme: "¿Puedo? ¿Me das?". Y si yo respondía: "Vamos, chica, el huevo es tuyo, tu vida es tuya, resuelve las cosas como mejor te parezca", se echaban a llorar, no querían comer, se enfamecían, hasta morían. Les parecía mejor tener un dueño que las mandara día y noche: ¡Haz esto!, ¡haz aquello!, ¡pon un huevo!, ¡toma una lombriz!, que tener que resolver algo por sí solas. Decían que pensar era muy difícil.

—Vaya.

—Pues así ocurría.

—¿Quieres decir que no te ayudaron?

—¿Ayudarme? ¡Ja! Cuando les expliqué que que desde pequeño soñaba con un gallinero distinto, donde todo el mundo pudiera opinar y decidir, porque me parecía absurda esa historia de que el gallo está obligado a mandar y ordenar a todas horas, ¡sabes lo que hicieron? Pues llamar al dueño del gallinero y denunciarle.

—¿De verdad?

—Me puse furioso. Subí al palo y grité: "¡No quiero mandar solo! ¡Quiero un gallinero con más gallos! ¡Y quiero que las gallinas también manden!"

—¡Lindo!

—Qué lindo ni nada; me llevaron preso.

—¿Pero por qué?

—Para que aprendiera a no ser un gallo diferente. Me encerraron en un cuartucho oscuro. Tan oscuro que cuando salí de allí estaba completamente negro; tardé días en recuperar los colores. Estuve preso no sé cuánto tiempo; sufrí lo indecible. Por fin, me soltaron. Y, ya afuera, me advirtieron: "De ahora en adelante vas a ser un jefe de gallinas como era tu padre, como era tu abuelo, y tu bisabuelo, y tu tatarabuelo..."

Si no lo haces, volverás a prisión". Y las gallinas dijeron: "Dejen el asunto de nuestra cuenta: si no se comporta como es debido, daremos aviso". Pero yo no era como mi abuelo, ni mi bisabuelo, ni mi tatarabuelo; ¡qué podía hacer? Sé que me habría resultado mucho más cómodo empezar a pensar como ellos. Pero pensaba de otro modo, ¡entiendes? Un día trajeron otro gallo. Solamente para ver mi reacción. Estaban seguros de que yo iba a armar un escándalo y a decirle: "¡O usted o yo! ¡Vamos a resolver de una vez, como sea, quién es el dueño de estas gallinas!" Pero en vez de eso le dije: "¡Oye, colega! ¡Me ayudas a acabar con esa historia de que estamos obligados a mandarlas?" ¡No lo hubiera dicho! ¡Todo el mundo fue corriendo a quejarse! —dejó de hablar, y se quedó mirando la bolsa amarilla, con la cresta fruncida.

—¿Y entonces? ¡Te pusieron preso otra vez?

—No hubo tiempo: hui.

—¿Vimiste para acá?

—No.

—¿Qué hiciste?

—¿Eh? Pues... anduve escondiéndome en un montón de lugares, pero... ¿sabes?,

ninguno tan bueno como la bolsa amarilla.

—¿Por qué?

—Él no dejaba de mirar la bolsa.

—No llueve, no hace viento, a nadie se le ocurre buscarme ahí...

No sabía qué decirle. Estaba clarísimo que Rey quería que lo invitara a vivir en la bolsa amarilla. ¡Pero cómo iba a hacer? Yo cargaba la bolsa a todas partes; cuando los deseos engordaban, quedaba muy pesada; con Rey adentro, no la iba a poder cargar. Resolví ser franca:

—¿Sabes, Rey? Ya hay muchas cosas en la bolsa amarilla; no hay campo para ti.

—¿Ni por una temporadita?

—Me parece que no.

—Ah, Raquel, si me pescan de nuevo va a ser terrible.

—Puedes buscarte otro escondite.

—Difícil: cada vez hay menos sitios para esconderse.

—Es que, enténdeme, guardo muchas cosas en ella.

—Ya lo sé, la he examinado muy bien.

Pero me pareció que aún quedaba un lugarcito para mí.

Fingí que no lo había oído. Él suspiró.

—Se está tan a gusto ahí adentro. Me

haría falta un lugar así para poder pensar con calma en mis ideas.

Pensé que si lo hacía hablar de sus ideas tal vez terminaría olvidando su plan de vivir en la bolsa amarilla.

—Dime una cosa, ¿eh?, ¿cuáles son tus ideas?

—Pues ahí está el problema: todavía no he tenido tiempo de tener ninguna.

—¡Uh! ¿Y si no tienes ninguna, cómo vas a luchar por una idea?

—Bien, primero que todo necesito tener la idea. Después salgo a luchar.

—¡Vaya! ¿Nunca se te vino nada a la cabeza en el gallinero?

—No había modo. Cuando empezaba a pensar en algo, venía una gallina a pedirme órdenes.

—¿Y después de que huiste?

—También imposible: vivía aterrizado, con la sensación de que en cualquier momento me iban a agarrar.

Me fue pareciendo cada vez más difícil no invitarlo a vivir en la bolsa amarilla. Pero de pronto se me ocurrió algo:

—Si descubren que te estoy escondiendo, me voy a ver en un lío.

—Bueno, eso es verdad...—y se quedó quieto, muy pensativo. Después se puso la

máscara y dijo—: Entonces, hasta algún día—y fue buscando la salida.

Sentí una preocupación terrible. ¿Y si lo volvían a apresar? ¿Y si no encontraba otro buen escondite? Con seguridad no podría pensar nunca ideas para luchar por ellas.

—¡Eh, Rey!—grité. Se detuvo y me miró. Abrió la bolsa—: Puedes entrar.

No se lo hizo repetir: dio un vuelo estupendo, casi rozó las narices de mis hermanas, y aterrizó dentro de la bolsa. Pero dejó una para afuera. Como quien no sabe si entrar o no.

—No te hagas el tímido, entra de una vez.

—Es que... ¿sabes? Hay algo que he querido decirte desde el principio y todavía no lo he hecho—y se quedó mirándome.

—¿Qué es, Rey?

—Pues eso precisamente: Rey. No te ofendas, fuiste tú quien escogió mi nombre, pero a mí no me gusta.

—Ah, ¿no?

—No. Soy amigo de la igualdad, me gusta vivir en paz, soy un tipo de lo más simple: ese nombre no va conmigo. Y además hay otra cosa: suena extraño cuan-

do dices "¡Eh, Rey!" Pareciera que estás diciendo "erré". ¿Te importa si tomo del bolsillo acordeón otro nombre para mí?

Siempre me pongo mal cuando le doy algo a una persona, y no le gusta. Pero fingí que no me importaba.

—Claro que no, toma el que quieras.

Se metió más que de prisa dentro de la bolsa. Estuvo ahí mucho tiempo. Por fin apareció, muy satisfecho.

—Escogí Alfonso.

—¡Alfonso?

—Exacto.

Pensé que Alfonso y él no combinaban en absoluto.

—Pero no tienes cara de Alfonso.

—Puedo no tener cara, pero estoy seguro de que mi corazón es un corazón de Alfonso —bostezó, dijo que se caía del sueño, y yo cerré la bolsa para que pudiera dormir. Pero me quedé dándole vueltas a una pregunta que no se me salía de la cabeza. Hasta que no aguanté más y abrí la bolsa:

—¡Hey, Alfonso! —se despertó a medias—. Dime: ¿Cómo viniste a parar en la bolsa amarilla?

—Entré en tu casa, busqué un buen sitio para esconderme, vi la bolsa debajo de la cama, y listo.

—¡Pero cómo entraste aquí? ¡Volando?

—Vine en el ascensor.

—¡Solo?

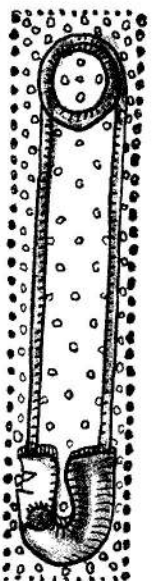
—No, había más gente.

—¡Y nadie vio que eras un gallo fugitivo?

—Tenía puesta la máscara.

—¡Ah! Pues entonces, buenas noches.

—Que duermas bien.



#### 4. Historia del gancho de pañal (que vive en el bolsillo bebé de la bolsa amarilla)

Como nadie conoce bien al Gancho de Pañal, creo que es mejor contar su historia antes de seguir contando la mía:

Un día que iba caminando vi al Gancho caído en la calle. Lo recogí, lo limpié, le raspé el óxido, le toqué la punta con el dedo; vi que era muy afilada.

—¡Caramba!

Y ella empezó a rayar en mi mano todo lo que el Gancho quería decir:

—¡Me guardas? No resisto más vivir aquí tirado; la gente me pasa por encima; cuando llueve, quedo empapado y pesco

unos resfriós de óxido terribles; y cada que barren la calle me lleno de pánico: "¡Estoy listo! van a pensar que ya no sirvo para nada, me van a tirar al camión de la basura"; me encojo cuanto puedo para que la escoba no me vea; y después de que ella pasa, y el susto también pasa, rayo en la acera un mensaje que dice que sí sirvo; pero nunca pasa nada. ¡Me guardas?

—Te guardo.

—Pues guárdame.

Lo guardé. En el bolsillo del uniforme (todavía no tenía la bolsa amarilla). Y le pregunté:

—¡A qué te dedicabas antes?

La punta comenzó a hacer rayas en la tela:

—Nunca pude dedicarme a nada.

—Vaya.

—Salté de la fábrica muy mal empaquetado, a cada momento creía que iba a caermé, me agarré de los otros para ver si resistía, terminé por no resistir: caí aquí.

—¿Y no te levantaste más?

—Cada vez que lo intentaba volvían a pisarme.

—¿Y nadie te veía?

—Cuando al fin me vieron estaba todo oxidado y nadie me quiso.

—¿Y después?

—Nada.

—¿No pasó nada más en tu vida?

—No.

—Qué historia tan corta tienes.

—Pues ya lo ves.

—¿Y no habrías querido tener una historia más larga?

—¡No! Con lo corta que es, bastantes trabajos me dio ya.

—Crees que así está bien, ¿eh?

—Lo creo. Por lo que a mí respecta, eso es todo.

Y eso fue todo.





## 5. La vuelta de la escuela

**S**alí de la escuela asustada del peso de la bolsa amarilla. Ahí estaba Alfonso, estaban mis deseos, había nombres, libros, cuadernos, había de todo. Y había además lo siguiente:

La profesora nos mandó hacer una redacción. Tema: "El regalo que me gustaría recibir". Escribí que me gustaría un paraguas (ya me cansé de pedir uno en casa). Comencé a inventar la clase de paraguas que sería y las cosas que le pasarían. Cuando estaba en lo mejor de la historia, sonó la campanilla, la clase terminó, la redac-

ción no estaba lista, quise escribir el resto, la profesora no dejó, recogió el cuaderno, todos fueron saliendo, la historia se quedó sin fin, y claro: el deseo de seguir escribiendo creció, empezó a engordar, engordó tanto que yo a duras penas podía aguantar el peso de la bolsa amarilla.

Caminé una manzana entera. Con Alfonso espiando la vida por la ventana<sup>1</sup>.

—¡Uf, qué pesada! —y tuve que parar para descansar.

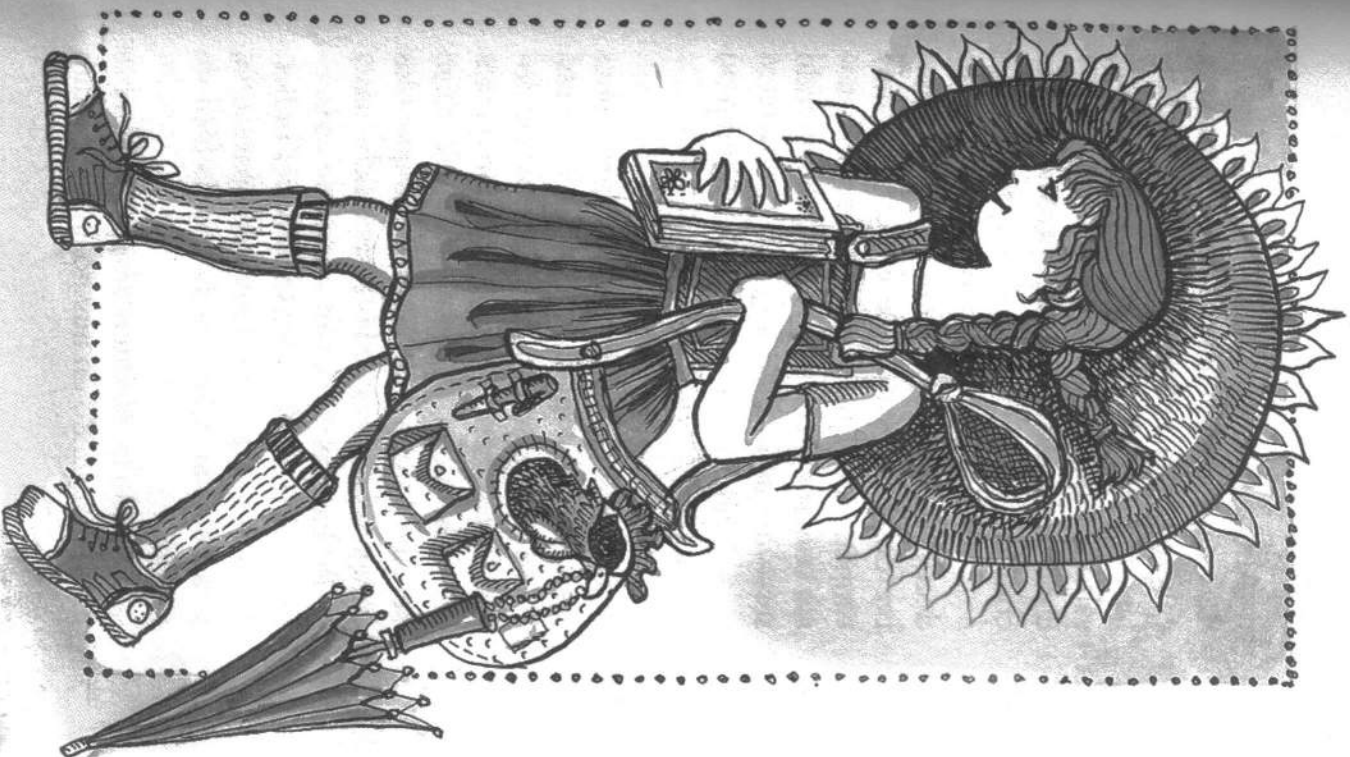
Alfonso se puso la máscara y salió de la bolsa:

—Mientras descansas voy a dar un paraseíto. Tal vez encuentre una idea —(seguía empeñado en luchar por la idea que primero tenía que hallar). Volvió a los diez minutos.

—¡La encontraste?

—No. Pero encontré un paraguas. Estaba perdido. Me puse muy contento porque hace rato que quería hacerte un regalo. Toma.

<sup>1</sup> Pensé que debía ser muy triste vivir sin poder mirar afuera. Por eso recorté una ventana en la tela de la bolsa amarilla. Bien cerca del cierre para que la cara de Alfonso pareciera un adorno del cierre y no una cara de gallo escapado.



Alfonso había cogido una manía: Cuando veía que estábamos solos, asomaba la cabeza por la ventana y se ponía a charlar conmigo. Apenas me dio el paraguas saltó a la bolsa, sacó la cabeza y empezó a contarme todo lo que el paraguas le había contado.

—El día en que el paraguas nació, es decir, el día en que lo hicieron, el hombre de la fábrica —que era un tipo muy simpático, al que le gustaba ver a las cosas contentas con lo que les había tocado ser— le preguntó:

—¿Quieres ser un paraguas hombre, o uno mujer?

Y él contestó: "mujer".

Entonces el hombre hizo un paraguas menos grande que los paraguas hombres. Y usó una seda de color rosa llena de flores. El mango no lo hizo recto: dijo que un paraguas mujer debía ser curvo. Y colgó del mango una cadenita, de esas que a los paraguas hombres no les gusta mucho usar.

Iba caminando y pensando que yo también querría haber escogido nacer mujer: así el deseo de ser hombre desaparecería, y la bolsa amarilla quedaría más fácil de cargar.

Cuando la Paraguas vio que el hombre estaba haciendo un mango largo, le pidió:

—¡Ah, déjame pequeña! Quiero ser pequeña toda la vida.

El hombre se asombró:

—¿Y si más tarde te entran ganas de crecer?

—¿Para qué? Ser pequeña es lindo.

Pero él insistió:

—A veces uno quiere mucho una cosa y por eso cree que la va a querer toda la vida. Pero después pasa el tiempo. Y el tiempo es de esa clase de sujetos a los que les encanta cambiarlo todo. Cualquiera día te cambia a ti, y ya está: te aburres de ser pequeña, y deseas crecer.

—¿Será posible?

—Así se las gasta el tiempo.

La Paraguas se quedó pensando. Pensó bastante, y después resolvió:

—Está bien. Hazme pequeña, pero de manera que también pueda ser grande.

Entonces el hombre la fabricó del tipo que se estira y se agranda cuando se empuja el mango con fuerza.

Me detuve y miré con cuidado la cara de la Paraguas. Era de lo más graciosa, y además fina, bien hecha; hasta parecía que hubiera sido un paraguas de la tía Brunnilda.

—Muchas gracias, Alfonso. Pensaba que



Me llevé un susto mayúsculo. Alfonso se echó a reír:

—¿No te dije que su idioma era muy complicado?

—¿Qué dijo?

—Ay.

—¿Ay?

—Eso mismo.

—¿Todo aquello, para decir "ay"?

—Sí.

—No puede ser.

—Pues lo es. Habla un idioma de lo más largo.

Pasé de contentísima a solamente contenta: nunca iba a poder charlar con la Paraguas; Alfonso iba a tener que traducir todo lo que ella dijera. Suspiré:

—Bueno, entonces sigue tú. ¿Qué pasó después de que ella se estropeó?

—Ahí está el problema: en el momento en que se estropeó, su historia también se estropeó.

—¿Quieres decir que su historia no termina?

—Eso es.

De contenta pasé a disgustada.

—¡Ah, no puede ser, Alfonso! Toda historia tiene que acabar, no se puede quedar en el aire.

—La de ella se quedó, ¡qué culpa tengo?

—Pero su voz no se estropeó.

—No.

—¿Pues entonces por qué no puede contarnos lo que pasó después?

—No fue la voz la que se estropeó, fue la historia. Se estropeó con los crujidos. Sólo cuando los crujidos se descriujan la historia se va a descriujir también, y va a poder llegar hasta el fin.

Seguimos andando. De pronto, dije:

—Pregúntale si tiene nombre.

—Ya se lo pregunté.

—¿Y tiene?

—Tenía: se estropeó con los crujidos.

Mi disgusto aumentó. Fue en ese momento cuando decidí abrir la Paraguas. Empujé el muelle, volví a empujar. Pero de nada servía: la Paraguas se abría un poco y se paraba en mitad de camino.

—¿Qué está pasando, Alfonso?

—No abre desde que se rompió.

Pasé a superdisgustada.

—¿Pero Alfonso, qué voy a hacer con una Paraguas que no tiene nombre, ni tiene fin de historia, ni abre, ni funciona?

—Guárdala aquí en la bolsa. La verdad es que es muy bonita.

Bonita era. Mucho. Tanto que acabé pensando: "Bueno, paciencia. Si no sirve de paraguas, por lo menos sirve para mirarla". Y la puse en el bolsillo estrecho y largo. Quedó de lo más cómoda, e inmediatamente estiró el cuello para mirar a Alfonso. Alfonso volvió la cabeza, la miró y... no sé, no sé... pero el modo como se miraron fue un modo así... no sé, pero... me parece que la cosa va a terminar cualquier día en matrimonio.

La bolsa amarilla quedó todavía más pesada. Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para colgármela del hombro.

Habíamos avanzado muy poco, cuando

Alfonso gritó:

—¡Mira, ahí está Terrible! ¡Vamos a hablar con él, Raquel! —se puso agitado—. ¡Te acuerdas de una gallina gorda, toda blanca, que vivía en el gallinero!

—Sí.

—Terrible es su hijo.

—¡De verdad se llama Terrible!

—De verdad.

—Qué nombre.

—Es que es un gallo de pelea.

—¡Ah!

—La primera vez que me escapé fui a verlo luchar. De veras era terrible, no había quien le ganara.

—¡Pero cuando inventé el gallinero, él estaba?

—No. ¡Recuerdas que la gallina gorda suspiraba a cada instante por un hijo que se había marchado?

—¡Claro! ¡Lo recuerdo!

—Pues ese hijo era Terrible. Desde pequeño resolvieron que iba a ser gallo de pelea, ¿comprendes? Del mismo modo que resolvieron que yo iba a ser gallo cuidador de gallinas. Ya sabes cómo se las gasta esa gente, resuelven todo por nosotros. Comenzaron a entrenar a Terrible. Le metieron en la cabeza que tenía que ganartes a todos. Siempre. Hasta oír decir, no sé si sea cierto, puede ser una invención, que le cosieron el resto del pensamiento con un hilo muy grueso y muy resistente. Para que él sólo pudiera pensar en una cosa: "Tengo que ganartes a todos"; nada más.

—¡Vaya! ¿Y siempre ganó?

—No sé. Después de que volví al gallinero no tuve más noticias suyas.

Saltó de la bolsa y salió corriendo.

El primo de Alfonso era pequeño, de pescuezo pelado; no paraba de sacudir la cabeza, y tenía un aire tan nervioso que

Llegaba a impresionar. Estaba jugando dados. Solo. Lanzaba los dados al suelo, veía cuántos puntos había hecho, después saltaba al otro lado y volvía a jugar; como fingiendo que él mismo eran dos. Me entró una curiosidad loca de saber si estaba ganando o perdiendo. Iba a preguntárselo, pero Alfonso gritó:

—¡Primo, qué alegría!

Terrible se llevó un susto tremendo. Se quedó paralizado (como cuando uno siente que está en peligro). En vez de abrazar a Alfonso, le dijo:

—Me apuesto diez cruzeiros en una pelea contra ti—y al instante se puso en guardia.

Ahora el asustado fue Alfonso. Ensayó una risita medio hueca:

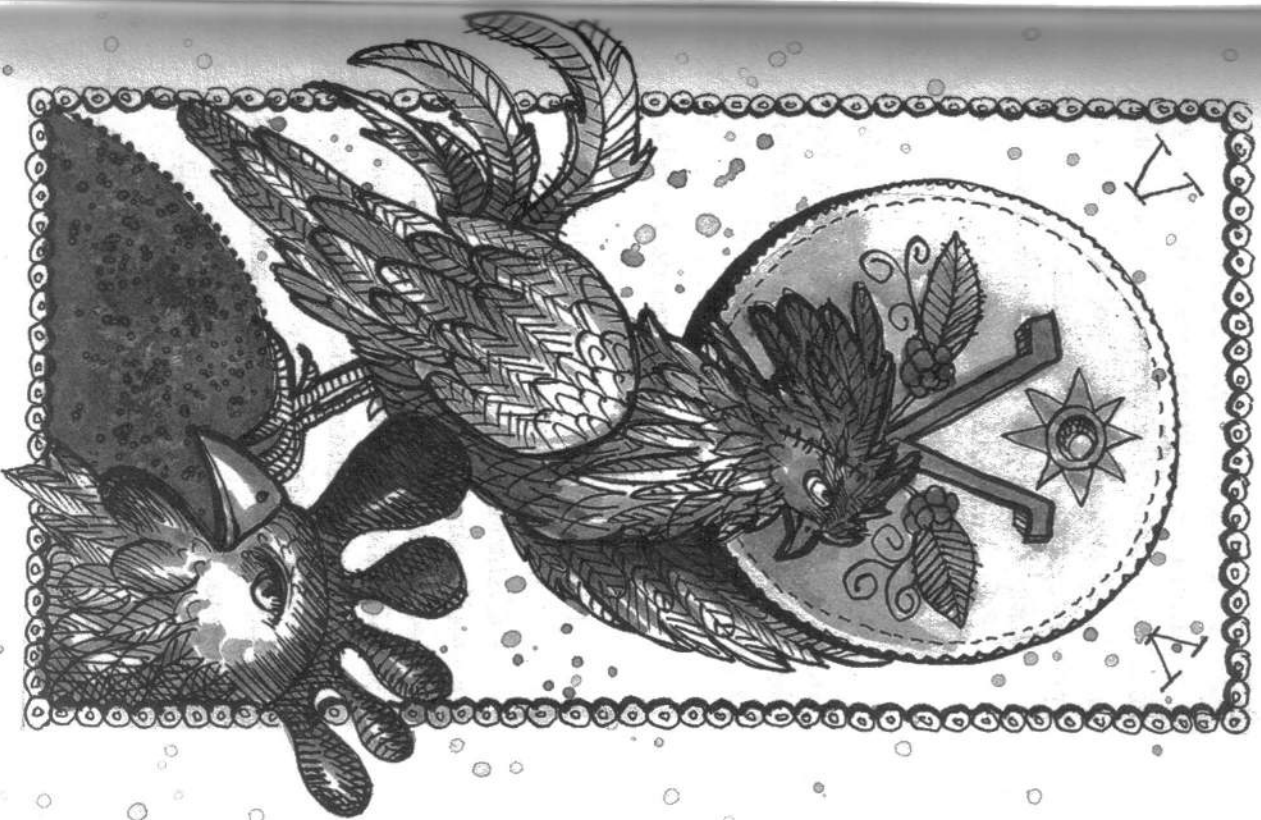
—¡Qué pasa, Terrible? ¡No te acuerdas de mí? Soy tu primo, Rey. Sólo que ya no me llamo Rey, sino Alfonso. Y ésta es una amiga mía, Raquel.

Yo estaba un poco intranquila, pero de todos modos dije "hola".

Él ni me miró. Siguió hablando con Alfonso:

—Estoy apostando diez cruzeiros a que te gano.

—¡Pero qué historia es ésta, Terrible? ¡Por qué quieres pelear conmigo?



- Para demostrar que te gano. Y fácil.
- Entonces finge que ya peleamos, y que tú ganaste, y asunto resuelto. Alzó el ala de Terrible y gritó: ¡Campeón! ¡Campeón! ¡Campeón!
- Terrible se mostró muy asombrado:
- ¡No te importa perder?
- De ninguna manera.
- ¿Cómo es posible?
- Entiende, Terrible: hace siglos que no te veo, te echo de menos, ardo en deseos de saber qué has hecho en todo este tiempo...
- Pelear.
- Quiero que me cuentes de tu vida, detalle por detalle.
- Pelear, pelear, pelear.
- ¿Cuántas peleas has peleado?
- Ciento treinta y tres.
- ¿Y cuántas has ganado?
- Ciento treinta.
- ¿Cuáles perdiste?
- Las tres últimas.
- ¿Por qué perdiste?
- Perdí la última porque perdí la penúltima.
- ¿Y por qué perdiste la penúltima?
- Porque perdí la antepenúltima.
- ¿Pero por qué perdiste la antepenúltima?

- ¡Porque apareció un gallo más joven y más fuerte que yo! ¡Y deja ya de hacerme preguntas, por favor!
- Pero Alfonso hizo una última:
- ¿Cuándo vas a pelear otra vez?
- Terrible se puso todavía más nervioso, y gritó:
- El sábado. Y no puedo perder, ¿entiendes? Mis dueños dijeron que si lucho mal en esta pelea nadie va a apostar por mí; y que en ese caso ellos me abandonarán a mi suerte; van a dejar que el otro gallo acabe conmigo, y se acabó. ¡De ningún modo puedo perder esta pelea! ¡De ningún modo! De-de-de...
- Y sacudía tanto la cabeza que apenas podía hablar.
- ¡Aquello me impresionó mucho! Es claro que ya había visto gente con la manía de decir que hay que ganar siempre a los otros, hay que ser el primero en esto, el primero en aquello, pero nunca pensé que alguien tuviera tanta obligación de ganar.
- Alfonso se quedó mirando a Terrible con una cara muy seria. De repente se alzó:
- ¿Ganaste ciento treinta luchas?
- Así es.
- ¿Supongo que ganaste también un montón de dinero?



—Yo no: lo ganaron mis dueños.

—¡Ah! ¡Tú eres el que pelea, y ellos son los que ganan?

—Sí.

—Entonces deben estar ricos.

—Lo están.

—Siendo así, no tienes que pelear más.

—Sí tengo.

—Puedes decirles que ahora quieres vir en calma.

—No.

—Sin tener que arriesgar más la vida.

—No.

—¿Pero por qué no, primo?

—Porque tengo que pelear.

—¿Pero por qué?

—Porque tengo que ganarte a todos

—y allí mismo empezó a dar saltos, calentándose para la pelea. Alfonso se volvió hacia mí, y cuchicheó:

—Caramba, sólo piensa en eso. ¿Será que de verdad le cosieron el pensamiento?

De pronto se oyó una algarabía tremenda; una tropa de gente apareció en la esquina, gritando:

—¡Campeón! ¡Campeón! ¡Campeón!

En medio del grupo venía un hombre que llevaba un gallo en el hombro. Era un

gallo fuertísimo. Con unos espolones enormes y una cara de meter miedo. Cuando Terrible lo vio, se encogió asustado:

—Es Cresta de Hierro. Y el hombre es su dueño.

El dueño iba feliz, riendo, charlando con todos. Aseguraba con firmeza la pata de Cresta de Hierro, para que no perdiera el equilibrio con aquel barullo de gritos y felicitaciones. Y la gente que lo rodeaba no paraba de aplaudir y de gritar: ¡Campeón!

Alfonso miró a Terrible:

—¿Conoces a Cresta de Hierro?

—Fue él quien me ganó. Y con él voy a pelear el sábado.

—¡Uh!... —y Alfonso prefirió callarse el pico: enseguida se dio cuenta de que Terrible no era enemigo para Cresta de Hierro.

El grupo pasó muy cerca de nosotros. Terrible se escondió detrás de Alfonso. Le tiraron flores a Cresta de Hierro, aumentaron la gritería. Y después dieron vuelta a la esquina.

El bullicio fue disminuyendo, y Terrible, muy abatido y cabizbajo, suspiró:

—Antes de que empezara a perder, el campeón era yo. Y para mí eran los aplau-

— miró los dados y, sacudiendo la cabeza, comenzó a jugar otra vez contra él mismo. El juego lo fue animando. Se olvidó de nosotros, creo que hasta se olvidó de la pelea.

Alfonso me llamó aparte:

— Tenemos que ayudar a Terrible. No puede luchar con Cresta de Hierro. ¡Te fijaste bien en la pinta de ese gallo?

— Da escalofríos.

— Terrible va a perder, va a morir.

— Habla con él, Alfonso. Dile que huya.

Alfonso se plantó sobre los dados, y dijo con voz de mando:

— ¡Huye, Terrible! No vas a resistir esa pelea. Huye mientras estás a tiempo.

— De ningún modo.

— ¡Huye!

— Sal de encima de mis dados.

— Yo huí del gallinero donde vivía, y ahora soy feliz. Huye tú también.

— ¡Sal de ahí!

— El sábado van a acabar contigo. No vayas.

— ¡Iré!

— Terrible, escucha...

— No quiero escuchar — empujó a Alfonso, tomó los dados y comenzó otra vez a jugar.

Alfonso se acercó a mí y susurró:

— La solución es encerrarlo hasta que pase la hora de la pelea.

— ¿Pero dónde?

— Creo que la bolsa amarilla sería un buen lugar.

Casi me desmayo.

— ¡Alto ahí, Alfonso! La bolsa está repleta.

— Cada uno se encoge un poco, verás que resulta.

— Pero, Alfonso...

— Solamente por unos días.

— ¡Y el peso? ¿Pensaste en el peso?

— Terrible no es tan pesado que digamos.

— Pero óyeme, ya casi ni puedo con la bolsa amarilla; ¿cómo será con Terrible ahí adentro?

— Encogeré la barriga para pesar menos.

— Ah.

— Vamos, es por poco tiempo.

— Lo veo difícil.

— Piensa en la pelea, piensa en Cresta de Hierro.

Pensé. Me di por vencida. Puse la bolsa en el suelo y la abrí. Alfonso no perdió tiempo: llamó a Terrible con la cara más inocente del mundo:

—¡Hey! Aquí adentro hay un tipo que quiere desafiarte a pelear.

Habló de pelear, y eso fue suficiente: Terrible se olvidó del juego.

—Dile que venga.

—El tipo es un poco raro; solamente pelea dentro de bolsas.

—El espacio es muy estrecho.

—Nada de eso, hay mucho sitio, ven y mira.

Terrible miró.

—¿Dónde está el sujeto?

—Vive en este bolsillo. Abre la cremallera.

Terrible saltó dentro de la bolsa y abrió la cremallera. Alfonso saltó detrás y yo cerré el cierre. Ahora Terrible sólo podría salir después de la pelea.

¡Pero qué peso, Dios del cielo! Llegué a casa más muerta que viva.



6. El almuerzo

Terrible se puso como loco cuando vio que estaba preso. Empezó a pelear con mis deseos, con la Paraguas, con todo el mundo. Mientras más le explicábamos que queríamos salvarle la vida, más furioso se ponía; lanzaba picotazos, saltaba de un lado para el otro, la bolsa daba unos botes tremendos. Me fui poniendo cada vez más nerviosa: muy pronto descubrirían que yo cargaba un montón de cosas raras en la bolsa amarilla. Asomándome a la ventana, pedía:

—Eh, Alfonso, haz algo para calmar ese alboroto.

Pero, ¿quién dice que lo conseguía? Por fin llegó el sábado, y mi hermana me dijo:

—Ve a vestirse, Raquel; vamos a almorzar en casa de la tía Brunilda. Bacalao.

Adoro comer; solamente hay un plato que no soporto: el bacalao. Pero como mi familia vive haciéndole venias a la tía Brunilda, sabía muy bien que cuando yo dijera: "Tía Brunilda, ¿te molesta si solamente me sirvo la sobremesa?", todos me iban a mirar con aquella cara que conozco de memoria, y terminaría comiendo. Por eso, empecé a ponerme nerviosa con la noticia del tal almuerzo.

Pantalones largos tengo apenas dos, unos buenos, otros terribles. Mientras unos se lavan uso los otros. Los buenos se estaban lavando. "Lo que me faltaba", pensé.

Al mirarme en el espejo vi que tenía una espinilla. Justo en la punta de la nariz. La apreté, comenzó a echar una agüita. Me di cuenta de que había hecho una buirrada.

La campanilla sonó. Abrí la puerta y tropecé con los dueños de Alfonso. Me explicaron que andaban buscando un gallo escapado; dijeron que no sé quién había visto un gallo en nuestra casa, y pidieron

permiso para entrar y buscarlo. Me quedé helada. Mientras ellos hablaban con mamá, corrí a avisarle a Alfonso que mantuviera quieto a Terrible. Cuchicheando, le pedí al cierre:

—Si quieren abrirte, te estropeas, ¿entiendes?

Todo el mundo ayudó a buscar. Tres veces pasaron por el lado de la bolsa amarilla, pero nadie sospechó nada. Se fueron. Y al salir, uno me dijo:

—Mantente alerta, a ver si encuentras el gallo. Y si das con él, me avisas enseguida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo ("más te vale esperar sentido") —cerré. La nariz empezó a dolerme. Miré el espejo y anuncié—: No puedo ir al almuerzo de la tía Brunilda: mi nariz se hinchó, y duele mucho.

Me ordenaron que le pusiera mercurio cromo y terminara de vestirme.

Cuando abrí la puerta del armario del baño, el frasco de mercurio cromo, que estaba en el borde de la estantería, sin tapa ni nada, cayó justo encima de mí. Por poco no me muero de la rabia. Ya estaba casi lista para salir. Había bajado el dobladillo de los pantalones, los había planchado, con la tintura de ojos de mi hermana había pintado una flor en mi blusa para



tapar una mancha vieja. Ahora todo estaba rojo, la blusa, los pantalones, la flor; hasta mis zapatos quedaron bañados en mercurio cromo. Vi que el día iba a ser de lo peor. Me puse un vestido a cuadros que me parece horrible; mi nariz estaba horrible; yo estaba horrible; salí de casa pensando que mi vida era horrible.

Pero en la puerta me detuve: “¿Y si alguien abre la bolsa amarilla mientras estoy fuera? ¿Y si descubren a Alfonso? ¿Y si Terrible se escapa para ir a pelear? ¿Y si mis deseos salen también, y crecen, engordan, y se apoderan del cuarto, y de todo?” Entré en pánico. La única solución era no arriesgarme, llevar la bolsa conmigo. La llevé.

Cuando mi familia me vio, dijeron que estaba chiflada: no podía ir al almuerzo cargando aquella bolsa enorme, ridícula, de gente grande, y no sé qué más. Me puse todavía más nerviosa. Empecé a inventar

un montón de razones. No quería inventar nada; lo que de verdad quería era decir: “Necesito llevar la bolsa amarilla. Aquí guardo unas cosas muy importantes. Unas cosas que todavía no puedo ni quiero mostrarle a nadie”. Y listo. Qué lindo sería poder hablarles así, sin que nadie me preguntara: “¿Y por qué? ¿Cuáles son esas cosas? ¿Cómo se abre esa bolsa? ¿Se estropeó el cierre?” Ni ordenara: “¡Abre! ¡Explica! ¡Habla!”

Entonces lo dije todo inventado. Dije que al día siguiente iba a tener una prueba de matemáticas muy difícil, y que llevaba en la bolsa no sé cuántos libros y cuadernos para estudiar después del almuerzo. (Mientras hablaba, Alfonso cogía a Terrible para que no gritara ni saltara). Al parecer me creyeron, porque cuando acabé la historia dijeron:

—Bien, vamos de una vez, que ya estamos retrasados.

Y salimos.

Todo el viaje estuve fingiendo que la bolsa amarilla no pesaba tanto como parecía. Pero, para decir la verdad, pesaba más que un elefante. Llegué a casa de la tía Brunilda echando el alma por la boca.

Aparte de mí, no había niños en el almuerzo. La tía Brunilda tiene un hijo de catorce años, Alberto, pero hace mucho tiempo él mismo decidió que ya no era un niño, y asunto resuelto. La tía Brunilda acepta todo lo que él decide. Nunca he visto una persona más mimada ni más caprichosa.

Me tiré en una poltrona, muerta del cansancio. Y la tía Brunilda dijo enseñada:

—Ven, Raquelita. Siéntate aquí, en esta silla.

—Me gusta mucho esta poltrona, tía Brunilda.

—Aquí te verás mucho mejor; ven.

Todos me miraron. No tuve más remedio que ir. Puse la bolsa amarilla detrás del espaldar, para que nadie se fijara en ella.

—Te estás haciendo una jovencita, ¿eh?

—¿Quieres un manicito?

—¿Qué tienes en la naricitita?

Yo iba respondiéndolo y pensando: ¡Será que creen que si hablan conmigo como se hablan entre ellos no les voy a entender! ¡Por qué le ponen un ito a todo, y hablan con esa voz medio bobalicona, voz de niña como ellos dicen!

Me estaba comiendo un maní cuando mi hermana dijo:

—Raquel, cántale al tío Julio y a la tía Brunilda ese versito inglés que aprendiste en la escuela. Es tan gracioso.

Casi me caigo de la silla. El día en que canté ese verso en casa, todos me dijeron que me callara la boca porque les estaba agotando la paciencia. Y ahora me pedían:

—Canta, hijita, canta.

Ensayé hacer voz de niña:

—No me acuerdo bien.

—No importa, canta la parte que recuerdas.

Yo tenía ganas de cualquier cosa, menos de cantar. Empecé a pelar un maní a ver si ellos se ponían a conversar y se olvidaban del asunto. Pero no se olvidaron. Tuve que cantar. La cosa salió fatal. Pero cuando acabé todos dijeron:

—Ahora baila aquella dancita que bailaste el otro día en casa.

Todos se quedaron mirándome. Esperando. Miré a papá pidiendo socorro. Pero él me echó una mirada que no dejaba dudas, como diciéndome: "¡Baila de una vez, niña!"

¡Dios! Yo había bailado ese día porque me sentía contenta, con ganas de bailar.

Pero ahora quería estarme quieta, comiendo maní. ¿Por qué no podía decir alguien "déjenla tranquila, no quiere bailar"? Esperé. Nadie dijo nada. Bailé. Todo el tiempo pensando que ellos no bailarían delante de nadie sin tener ganas. Sudaba a mares; pero no era por el baile, era de nervios: ¡me iban a seguir pidiendo que hiciera gracias?

Cuando acabé aplaudieron, y el tío Julio me dijo:

—Supe que escribiste una novelita.

—Cuenta la historia —dijo mi hermano. Hizo una cara de lo más sonriente y con disimulo le guiñó un ojo al tío Julio.

¿Creerán que no me doy cuenta de esos guiños? Estaba clarísimo que mi hermano quería que el tío Julio y la tía Brunilda se burlaran de la historia de Rey.

Fue en ese momento cuando oí un hipo dentro de la bolsa amarilla. Después otro y otro. Miré de reojo. A cada hipo la bolsa daba un salto. Sin perder un minuto salté al jardín, después de decirles que luego les contaba la historia; primero tenía que estudiar.

Abrí la bolsa. Era Terrible, pobrecillo. Tanto le habían apretado el pico para que no lo abriera, tanto le habían asegurado las patas y las alas para que no se moviera,

que resolvió tener una crisis de hipo: el hipo es una de esas cosas que nadie puede parar. Estuvo hipando media hora. Por fin se cansó, y se durmió. Y muy a tiempo, porque en ese momento la tía Brunilda gritó:

—¡Ven, Raquelita, el almuerzo está listo!

Puse la bolsa amarilla debajo de la mesa, bien cerca de mis pies. Todo estaba en calma allá adentro. Mi nerviosismo fue disminuyendo. Trajeron la bandeja de bacalao y la pusieron justo frente a mí. Volví a ponerme nerviosa: el bacalao soltaba más humo que una chimenea, y el humo pasaba a un milímetro de mi nariz.

Siempre que los grandes ven el humo que sale de las fábricas o de los carros, dicen: "¡Dios, qué polución!" Pero para mí el humo de aquel bacalao fue la peor polución que he visto en mi vida.

Llenaron mi plato. Me armé de valor y dije:

—Tía Brunilda, me vas a disculpar, pero si hay una comida que no me gusta es el bacalao.

—Tonterías de Raquel; claro que le gusta —dijo papá.

Miré a mamá, y ella puso cara de quien dice: "No pongas problemas, ¡eh, Raquel!" Mi hermano, que estaba a mi lado, ordenó: "Come". Mi hermana, que estaba al otro lado, me dio un codazo para hacerme comer. Vi que la cosa se estaba poniendo fea. Entonces le mandé un recado a mi estómago, pidiéndole ayuda, y empecé a masticar muy despacio. En ese momento Alberto se inclinó para coger la servilleta, y gritó:

—¡Oigan! ¡Ya vieron el tamaño de la bolsa de Raquel!

Antes de seguir contando lo que pasó, quiero explicar que a Alberto le fascina meterse conmigo. No nos vemos mucho, pero siempre se ingenia la manera de agotarme la paciencia.

—¿Qué cargas ahí adentro, Raquel?

Todos se pusieron a mirar la bolsa amarilla. Respondí, ya medio inquieta:

—Nada. No cargo nada, ¡entienes?

La tía Brunilda dijo:

—Yo usaba esa bolsa para hacer cosas. Pero es muy grande para ti, Raquelita...

Mi hermana dijo, con la cara más inocente del mundo:

—Así es. Pero Raquel se empeñó en que la quería...

Y Alberto casi no la deja terminar:

—Voy a mirar esa bolsa, para ver lo que hay ahí —y dijo aquello en un tono de sonsonete, con la música de "Voy a pasear por el bosque, ahora que el lobo no está".

Se me disparó el corazón. Todo lo que Alberto decía que iba a hacer, de verdad lo hacía; seguro que era capaz de arrancarme la bolsa a la fuerza. Entonces, para ver si se olvidaban del asunto y me dejaban en paz, dije:

—¡Ah, tío Julio! Querías que te contara mi novela, ¿no? Y empecé a contarla.

Alberto volvió a su sonsonete, esta vez más alto:

—Voy a mirar esa bolsa, para ver lo que hay ahí... —se levantó de la mesa. Todos lo miraron. Yo seguí contando la historia. Él se me acercó—. Voy a mirar esa bolsa, para ver lo que hay ahí. Voy a mirar esa bolsa, para ver lo que hay ahí —extendía las manos como si fueran garras de monstruo, y hacía unas muecas espantosas.

Todos se echaron a reír. Especialmente la tía Brunilda. Casi lloraba de la risa. Paré de contar, me levanté, y puse la bolsa atrás de mí. Entonces Alberto empezó a hacerme cosquillas, a ver si me apartaba de la bolsa. ¡Ya era el colmo! Me puse roja:



—Tía Brunilda, dile a Alberto que no me moleste, por favor.

Ella se reía.

—¡Por favor, tía Brunilda!

—Voy a mirar esa bolsa, para ver lo que hay ahí—y vuelva a las cosquillas.

Corrí a donde la tía Brunilda.

80

—Todo lo que hace Alberto te parece muy gracioso, ¿no? Puede hacer la peor travesura del mundo, y con seguridad a ti te parece gracioso.

Mi hermana frunció la cara:

—No le hables así a la tía Brunilda.

—Si a ella no le importa que Alberto me moleste, ¿de qué manera le voy a hablar?

—¡Raquel!

—¿Por qué ustedes siempre están de acuerdo con ella?

—Ni una palabra más, Raquel.

—Voy a mirar esa bolsa...

—¿Por qué siempre le dan la razón, eh?

—Raquel, dije que basta.

—...para ver lo que hay ahí...

—Porque es rica, ¿no?

—¡Dije que bas-ta!

—Voy a mirar esa bolsa...

—Porque siempre les está dando regalos, ¿no?

—¡¡Basta!!!

Pero me pasó algo muy raro: no podía parar de hablar. Y mientras más cosquillas me hacía Alberto, más alto hablaba yo. Mi hermana me dio un pellizco tan tremendo que me hizo gritar. Alberto dio un brinco:

81

—¡La tomé!—y tiró de la bolsa. Pero yo no la solté, y tiré también. Él no se rendía. Y mientras jalaba hacía monerías de toda clase, hacía gracias, y los demás se reían. Él tiraba, yo tiraba, pero él era más fuerte y la bolsa se me iba escapando de las manos, se me iba escapando, se escapó.

—¡Ah! ¡Vamos a ver qué guarda Raquel aquí adentro!

Quise hablar. Se me atragantó la voz. Me acordé del cierre. Pensé con todas mis fuerzas a ver si me oía: "Estropéate!"

Alberto se sentó en el suelo:

—¿Qué pasa? ¡El cierre no abre?

Todos seguían riendo. Dios, ¿por qué no había nacido Alberto en vez de Raquel? ¡Listo! No acababa de pensar aquello cuando el deseo de haber nacido niño empezó a engordar de tal modo que despertó a Terrible, empujó a Alfonso, no sé bien lo que pasó, solamente sé que la bolsa empezó a dar saltos en el suelo.

—¡Hay algo vivo ahí adentro! —gritó Alberto.

Y todos abrieron unos ojos enormes. Mamá se levantó de la mesa y dijo con voz firme:

—Bien, Raquel, ahora mismo vamos a ver qué guardas ahí.

—El cierre no abre —dijo mi hermana.

—¡Pero por qué? No está trancado, no tiene llave...

—Espera, déjame probar.

—Tira de aquí, así, a ver si abre.

Y de repente todo el mundo estaba tratando de abrir mi bolsa. Mía. Mía. ¡Mía! Yo ahí, sin poder hacer nada. ¡Ah, si fuera grande! ¿Quién se iba a atrever a abrir mi bolsa a la fuerza si yo fuera grande? ¿Quién? Y entonces mi deseo de ser grande empezó también a engordar. Y mientras más me quedaba pegada al suelo sin poder hacer nada, más iban engordando mis deseos, y más iba creciendo la bolsa, creciendo, ya ni siquiera saltaba, solamente crecía, crecía, crecía.

Todos estaban con la boca abierta:

—¡Parece un globo!

Hasta se olvidaron de seguir luchando con el cierre, se olvidaron de todo. No hacían más que mirar cómo se hinchaba la

bolsa. Para ser sincera, yo también estaba asustada: nunca había visto crecer mis deseos de esa manera.

Los ocupantes de la bolsa amarilla comenzaron a gemir. Me di cuenta de que no aguantaban ya tanta incomodidad. La Paraguas pidió socorro. Pero pedir socorro en el idioma de la Paraguas tarda una barbaridad, y todos se espantaron más todavía cuando oyeron aquel idioma rarísimo.

—¡De una vez por todas, Raquel! ¿Qué es lo que guardas en esa bolsa?!

—¡Habla, niña!

Cada uno daba una explicación distinta. Otra vez se empeñaron en abrir el cierre. Pero el cierre —¡qué bien se portó!— resistió el ataque como un valiente.

—De nada sirve, no abre.

—Espera, no hay prisa; no va a aguantar, en cualquier momento se reventará.

Soltaron el cierre. Vi que la tela de la bolsa ya había cedido todo lo que podía.

Alberto gritó:

—¡Miren, va a reventar, va a reventar!

Nadie contestó. Se quedaron allí parados, esperando que el cierre reventara. Yo también aguardaba. Los de la bolsa también dejaron de moverse. Esperando. Sorprendentemente esperando. Esperando.

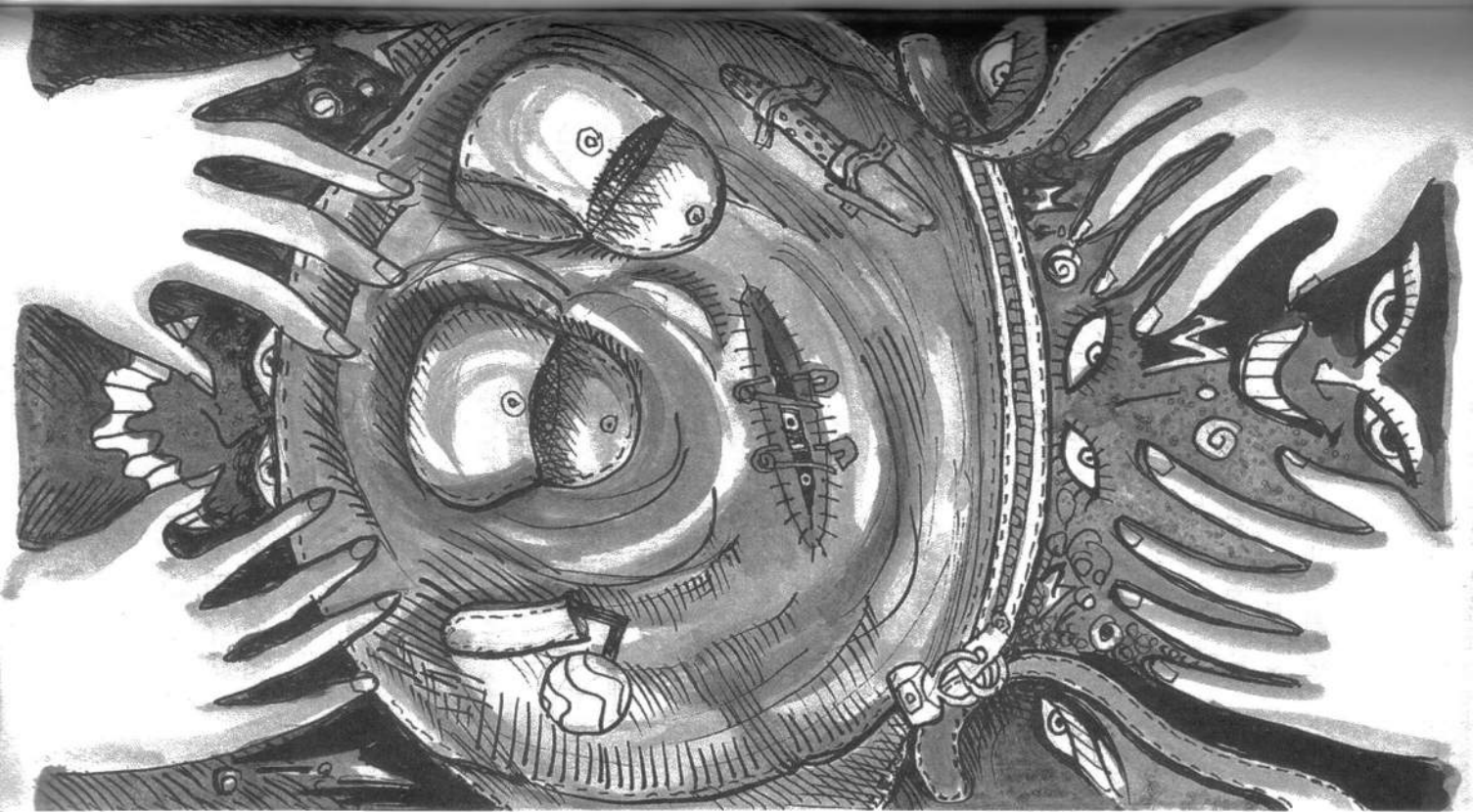
De pronto, hubo una explosión terrible.

Terrible de verdad. Hasta parecía que una bomba hubiera estallado dentro de la bolsa amarilla. Todo el mundo retrocedió. Y un segundo después hubo otra explosión. Mayor todavía.

Fiuuuuuuuuuuuuuuuu... Empezamos a oír un ruido parecido al de un globo que se desinfla. La bolsa se fue adelgazando, adelgazando, pero no paraba de mecerse —la gente de adentro estaba en una agitación increíble. La bolsa se desinfló hasta quedar del tamaño que tenía antes. Entonces Alberto la tomó para abrirla. Y el cierre estaba tan mareado con las explosiones que ni se acordó de estropearse: ¡se abrió!

Alfonso saltó afuera. Enmascarado. Agarrando con fuerza a Terrible. Terrible se veía de lo más raro: pico, alas, patas, todo estaba amarrado con la cadentita de la Paraguas. Alfonso gritó:

—¡Señoras y señores, querido público! Soy un gallo mago. Aprendí un montón de magias con un antiguo dueño mío, que era mago. Raquel me trajo hoy a esta distinguida casa para ofrecerles algo de diversión y hacerles el número de la bolsa que engorda y enflaquece. Ya lo hice. Ahora puedo irme. Voy a otra casa, a hacer el número del gallo preso con una cadentita.



¡Chau! —y salió a toda prisa, arrastrando a Terrible.

Todos espionaron el contenido de la bolsa. Allá adentro nadie se movía: ni la Paraguas, ni el Gancho de Pañal, ni los nombres, ni los retratos. Espié también. Muy en el fondo vi unos pedazos de deseo, iguales a los pedazos de un globo cuando se revienta. Pero solamente yo los vi, nadie más.

—¿Dónde encontraste ese gallo, Raquel?

Hice una cara de quien le parece aquello la cosa más natural del mundo:

—Por ahí. Una magia estupenda, ¿eh?

Me quedé en la portería, esperando a Alfonso. Loca por saber qué era lo que de verdad había pasado. Alfonso tardó mucho, y cuando al fin llegó estaba cansadísimo de tanto sujetar a Terrible para que no rompiera la cadena y se escapara. Lo encerró en la bolsa, suspiró aliviado, y me guiñó el ojo:

—¿Tuviste hoy un día de perros, eh?

—¡Explica de una vez lo que ocurrió, Alfonso! No entendí nada.

—¡Él no te contó?

—¿Quién?

—El Gancho de Pañal. Fue él quien salvó la situación.

—¿De veras? —saqué al Gancho del bolsillo bebé. Y entonces vi que estaba torcido—. ¿Qué te pasó?

Su punta empezó a rayar la palma de mi mano:

—Bueno, tus deseos se fueron inflando como globos. Todos nos vimos tan apretados que comenzamos a sofocarnos.

—Eso ya lo sé, ¡pero después?

—¿Te acuerdas cuando te conté mi historia?

—Me acuerdo.

—Pues eso: todo el mundo pensando que yo no servía para nada, y yo seguro de que sí servía. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo, Gancho, me acuerdo, ¡y entonces?

—Pues eso: sí sirvo. ¿Te das cuenta?

—Pero dime de una vez qué hiciste.

—Pinché tus deseos con todas mis fuerzas. Para ver si se reventaban como globos. Y en efecto se reventaron. Pero algo debo decirte: ¡vaya si son duros! Tuve que hacer tanta fuerza para pincharlos que acabé torciéndome. ¡Me enderezas, por favor?

—¿Y la idea de la magia? ¿También fue tuya?

—¡Fue mía! —gritó Alfonso—. ¡Te gustó?

—¡Por supuesto!

—También a mí me gustó muchísimo. Hasta me hizo pensar que si ya encontré una idea, ahora soy capaz de encontrar otra.

88

—¿Qué otra?

—La idea que necesito hallar para luchar por ella... ¡Caramba! Sólo ahora me doy cuenta: la Paraguas sigue desmayada.

—¡Desmayada?

—Se desmayó del susto con las explosiones. ¡Me enderezas, Raquel!

—Ah, Alfonso, haz algo para desmayarla, por favor.

—Pero mira esa cara de satisfacción que tiene. Debe estar soñando cosas lindas.

Era verdad. La Paraguas tenía una cara radiante. Nos quedamos quietos, mirándola. De pronto, Alfonso decidió:

—¡Sabes? Voy a dejar que la Paraguas siga desmayada hasta mañana por la mañana.

—¡Para que siga soñando cosas lindas?

—No. Es que si se despierta empieza a contarnos la historia del desmayo, y no para de hablar en toda la noche. ¡Me enderezas?

—Te enderezo.

—Pues enderézame.

Lo hice. Y entonces el Gancho de Pañal volvió feliz a su bolsillo: había demostrado —¡y cómo!— que servía para muchas cosas.

89



## 7. Terrible se marcha

**M**e despertó Alfonso. Estaba blanco del susto:

—¡Raquel, Terrible se escapó!

—¡Pero cómo? ¡La bolsa no estaba cerrada?

—Sin duda el cierre se abrió.

Me puse furiosa con el cierre, y le grité:

—¡Grandísimo bobo! ¿Por qué dejaste escapar a Terrible?

Pero el cierre es un tonto que ni siquiera ha aprendido a hablar. No pasa de aquel tic-tic, y tan satisfecho. Y lo único que

se le ocurrió para contestarme fue un thic de lo más compungido. En ese momento vi que el pobrecito estaba todo arañado por dentro. Con seguridad Terrible había luchado con él, y él no tuvo más remedio que abrirse.

Alfonso me mostró una nota que había encontrado en el fondo de la bolsa. Decía así:

*Me fui a pelear la pelea que tenía que pelear. Para demostrar que todavía puedo ganar.*

*Terrible.*

Miré el despertador de mi hermana. Eran las cinco de la mañana.

—¡A qué horas era la lucha, Alfonso?

—Tarde en la noche.

—La noche tiene muchas horas.

—No sé en cuál de ellas iba a ser.

—¡Pero sabes el lugar?

—En la playa de las Piedras.

—Pues vamos.

—¡Y si tu familia despierta, y no te ve?

—Es muy temprano: tenemos tiempo de ir y volver antes de que se despierten.

Pero Alfonso no se movía.

—¡Vamos de una vez, Alfonso!

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—¡Y si no ganó?

—De nada nos sirve pensar en eso; lo mejor es ir a ver.

Y fuimos.

La playa de las Piedras vive siempre medio vacía: no está bien situada, el mar es bravo, y hay muchas piedras en la arena. De noche, con mayor razón, aquello es un desierto. Fue por eso que los organizadores de la pelea escogieron ese lugar. Eran muy listos: sabían que las riñas de gallos están prohibidas, pero también sabían que si las hacían de noche en la playa de las Piedras nadie se iba a enterar.

Cuando llegamos vimos la marca de un círculo en la arena. Alfonso explicó que los espectadores se sentaban en el suelo formando una rueda, para ver la riña y apostar.

La función debía haber terminado hacía mucho tiempo, porque no se veía a nadie por ahí, ni personas ni gallos. Pero dentro del círculo todo estaba revuelto, como escombado, con surcos por todas partes que mostraban las huellas de una pelea. Había sangre en las huellas. Y el amanecer tenía





rieron más. Ella siguió ignorándolos: lo importante era ayudar a Terrible. Entonces los tipos se enfurecieron, la agarraron y izas! la tiraron lejos. Cayó ahí, donde la encontramos. Se rompió todo lo que aún no tenía roto, y lo que ya estaba roto se rompió más todavía.

Alfonso me contó aquello en voz baja, mientras caminaba hasta el redondel. Yo lo seguí.

—¿Pero ella vio la pelea?

Alfonso dejó de andar y se quedó mirando las dos plumas.

—Sí. La pudo ver.

—¿Y...?

—Me dijo que Terrible se llevó una paliza tremenda.

—Imposible.

—Pues así fue.

—Pero él escribió que venía para demostrar que iba a ganar.

—Fue Cresta de Hierro quien ganó.

—Apuesto a que ella no vio bien lo que pasó, Alfonso.

—Sí que vio.

—Estaba oscuro, debió ver mal.

—Ella ve muy bien.

—¿Y dónde dejaron a Terrible?

—Se lo llevaron. Dijeron que lo habían para no dejar nada en la arena. Para

que nadie viera que aquí hubo una riña de gallos —recogió las plumas—. Pero olvidaron las plumas —las acarició muy despacio—. Voy a guardarlas como recuerdo.

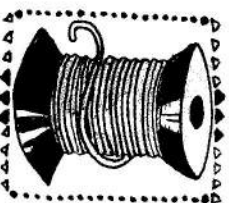
Me quedé mirando la rueda en la arena.

Los niños usamos las ruedas para jugar: a las prendas, al materile, a los caballitos...

Pero los grandes hacen cosas muy raras en ellas. Pregunté:

—¿Crees que si no hubieran cosido el pensamiento de Terrible con aquel hilo fuerte hubiera venido a pelear?

Pero Alfonso no me oyó. Ya iba muy adelante. Caminaba muy rápido, con la cabeza agachada; para que nadie viera que se estaba muriendo del disgusto.



## 8. Historia de un gallo de pelea y de un carrete de hilo fuerte

**Y**o había dicho que nunca más en la vida, hasta que fuera grande, escribiría una novela. Pero lo que había pasado con Terrible me dejó tan —que sé yo— tan diferente, que no paraba de pensar en él. Y cuando menos me di cuenta ya estaba escribiendo una historia en la que contaba todo lo que yo creo que de verdad ocurrió. Porque estoy segura de que la Paraguas no vio bien las cosas. Voy a copiar lo que escribí:

*Cuando nació, resolvieron que iba a ser un gallo de pelea tan peleón, tan ganador de*

todo el mundo, tan terrible, que lo mejor era llamarlo Terrible de una vez, y asunto arreglado.

Porque en su gallinero las cosas eran exactamente así: nacían los pollitos, y ya los dueños del gallinero estaban decidiendo lo que iba a ser cada uno:

—Tú vas a poner huevos.

—Tú vas a ser cuidador de gallinas.

—Tú vas a ser gallo de pelea.

—Tú irás a la olla.

Y de nada servía que los pollitos quisieran tener un oficio distinto: los dueños decidían por ellos, y todo el mundo a cerrar el pico.

Terrible tenía un primo llamado Alfonso. Los dos eran muy unidos, se la pasaban de charla en charla. Cuando los dueños vieron aquello, listo: los separaron. Y dijeron:

—Un gallo de pelea no puede ser amigo de nadie. Solamente puede ser amigo de pelear.

Terrible creció, creció, se volvió grande. Los dueños lo entrenaban todos los días para pelear. Pero mientras más lo entrenaban, más iba sintiendo unas ganas locas de enamorarse. Porque él era así: quería disfrutar la vida. El problema era que lo hacían pelear, y todo el mundo sabe que pelear es lo que menos combina con disfrutar.

Hasta que un día se enamoró de una gallinita de verdad preciosa. Y pasó lo siguien-



te: en plena pelea le daba por pensar en ella, y en vez de atacar al enemigo dibujaba con la espuela un corazón. Los dueños, furiosos, encerraron a Terrible en un gallinero de redes muy altas. Ya no podía ver a su novia, ni podía ver a nadie. Después trajeron otro gallo que también se estaba entrenando para ser gallo de pelea, y lo encerraron en el mismo gallinero, a ver si viéndose juntos se ponían a pelear.

Pero a Terrible el otro gallo le cayó de lo más bien, y lo que hizo hizo fue alzar el vuelo, robarse unas medias de mujer que estaban colgadas en el alambre de robas, rasgar un pedazo, y hacer una pelota. Y en vez de pelear, los dos se pusieron a jugar fútbol.

Entonces los dueños dijeron:

—La solución es hacer que Terrible piense del modo que nosotros queremos que piense.

—¿Pero cómo? —le dieron vueltas al asunto, y al fin resolvieron que esa solución era coser el pensamiento de Terrible y solamente dejar libre el pedacito que pensaba: “¡Tengo que pelear! ¡Tengo que ganarles a todos!”. El resto quedaría dentro de la costura. Y dijeron:

—Vamos a coserlos con un hilo bien fuerte para que no se rompa.

La tienda de los hilos era una tienda que solamente vendía hilos. De todos las clases y colores. En la estantería del fondo vivían dos carretes que estaban allí desde hacía mucho tiempo, uno al lado del otro, esperando que los compraran. Uno era un carrete de hilo de pesca; el otro, de hilo fuerte. Los dos hilos se la pasaban charlando sin parar:

—¡Qué suerte que nací hilo de pesca! Voy a vivir en el mar, en el sol, pescando, va a ser estupendo. Espero que el que me compre tenga barco.

—¡Te gustaría un barco de vela, o uno de motor?

—De motor. Es más veloz. Salpica agua.

Vería más el mar.

El Hilo Fuerte suspiraba:

—Dichoso tú, que sabes la vida que vas a llevar. Yo no. Me paso las horas pensando en cuál será el destino que me espera.

—¿Cuál te gustaría?

—¡Ah, que me usaran para coser una tienda de campaña! ¡Te imaginas? ¡Vivir siempre al aire libre, acampando aquí y allá, viajando a todos lados, conociendo un montón de lugares diferentes, qué maravilla!

Los dos querían vivir en el mar, en el campo, al aire libre, siempre al aire libre. ¡La Tienda de los Hilos era tan estrecha, tan asfixiante, siempre de luz encendida!

Quando al amochecer cerraban la tienda, y los dos veían que otro día había pasado sin que ningún comprador apareciera, comentaban abatidos:

—Vaya, vamos a terminar por ponernos mohosos de tanto estar en esta estantería.

104 — Hasta que un día los dueños de Terrible entraron en la tienda y compraron a Hilo Fuerte. Lo compraron sin decir para qué lo estaban comprando.

Al ver que su amigo se iba, Hilo de Pesca casi muere de tristeza. No murió porque era más fuerte la curiosidad de saber para qué lo usarían. Y para saberlo siguió a los hombres cuando salieron. Dejó que entraran en casa, y se acercó a espiar por el ojo de la cerradura. Vio que hicieron un tajo en la cabeza de Terrible, le sacaron el pensamiento y lo cosieron muy bien con Hilo Fuerte, dejando por fuera el pedazo que pensaba "¡Tengo que pelear! ¡Tengo que ganarles a todos!". Después vio que volvían a poner en la cabeza el pensamiento y cosían el tajo con el trocito de Hilo Fuerte que había sobrado. Hilo de Pesca sintió una pena enorme por Hilo Fuerte: "¡Pobre! Él que tanto quería viajar, vivir al sol y al viento, siempre acampando, y acabar así, encerrado para siempre en el pensamiento de este gallo". Volvió a la tienda tristísimo. Se

acomodó en la estantería y siguió esperando un comprador.

Pasó el tiempo. Terrible solamente pensaba con su pedazo descosido de pensamiento. Y entonces empezó a ganar peleas. Todo el mundo le apostaba. Los dueños se forraban en dinero, y en vez de dárselo a Terrible, decían:

—Tonterías. ¡Para qué necesita un gallo dinero? —y se guardaban los billetes en el bolsillo.

Terrible ni se daba cuenta, porque su parte de pensamiento que pensaba "¡diablos, yo hago el trabajo duro y ellos se quedan con el dinero" también estaba cosido.

¡Y fue así como Terrible ganó ciento treinta peleas!

Durante todo ese tiempo, la vida de Hilo Fuerte fue muy difícil: como vivía en el pensamiento de Terrible, y como éste pensaba siempre la misma cosa, su vida era aburridísima, no variaba nunca. A cada rato se dormía para matar el tiempo. Dormía hasta el cansancio. Y a veces pensaba: necesito encontrar una solución para mejorar mi vida. Pero al final no hacía nada: si quería encontrar una solución necesitaba espacio para buscarla, y allí adentro su vida era demasiado estrecha.

El cuerpo de Terrible se fue cansando. Un

día luchó con un gallo más joven y más fuerte llamado Cresta de Hierro, y perdió. Luchó otra vez. Y perdió de nuevo. Los dueños de Terrible se pusieron furiosos, pero no dejaron que Cresta de Hierro acabara con él. Marcaron una tercera pelea entre los dos. En la playa. Muy a escondidas: iba a ser una lucha brava de verdad. Y dijeron:

—Mira, Terrible, las cosas están así: o ganas esta pelea o dejamos que Cresta de Hierro te haga picadillo.

Terrible se puso nerviosísimo, pero como su pensamiento nunca variaba, ni siquiera pensó en huir. Fue entonces cuando se encontró con su primo Alfonso, tan amigo suyo en otra época.

Alfonso se había escapado del gallinero porque querían que fuera cuidador de gallinas y él odiaba esa vida. Ahora andaba escondido en la bolsa de una niña llamada Raquel.

Cuando Alfonso y Raquel oyeron su historia, vieron enseguida que Cresta de Hierro iba a acabar con Terrible, y lo encerraron en la bolsa. Pero la noche de la pelea Terrible logró escaparse y corrió a la playa. Hilo Fuerte estaba retorciéndose de preocupación: sabía muy bien que Terrible podía morir en la pelea; y muerto Terrible, moría él también. Era un hilo domilón, le encantaba echarse un buen sueño, pero no por eso quería dor-

mir para toda la vida. Trató con todas sus fuerzas de tener una idea, a ver si con ella salvaba la situación.

—¡Entra en el círculo! ¡Entra en el círculo!

¡Ese fue el grito con que recibieron todos a Terrible cuando llegó a la playa.

Los apostadores estaban sentados en la arena, haciendo rueda, y Cresta de Hierro en el centro, esperando.

¡Mientras tanto Hilo Fuerte seguía haciendo fuerza para encontrar la idea que pudiera salvarlos!

Terrible saltó al redondel. La lucha comenzó.

Cresta de Hierro peleaba mucho mejor, y además le encantaba pelear (seguro que también a él le habían cosido el pensamiento).

Terrible empezó a ceder. Perdió sangre, perdió dos plumas, se fue cansando poco a poco.

Hilo Fuerte hacía cada vez más fuerza para dar con una solución. Mientras más golpes recibía Terrible, más fuerza hacía él. Más fuerza. Más fuerza.

Hasta que de repente —¡ipla! — de tanto hacer fuerza, se reventó. Y en ese mismo segundo el pensamiento de Terrible se descomisó, se abrió del todo, y él empezó a pensar mil cosas, quedó medio mareado con tantos

Pensamientos juntos. Enseguida se dio cuenta de lo que estaba pasando, y como no era tonto pensó: "Qué estupidez morir en esta playa sólo porque ellos se empeñan en que tengo que luchar con Cresta de Hierro". ¡Y no esperó más, saltó del miedo y echó a correr hacia el mar!

Todo el mundo salió detrás; Cresta de Hierro también. Cuando Terrible sintió que lo alcanzaban se metió dentro del agua. De pronto vio un barco. En el barco había un hombre que pescaba, tan entretenido con la pesca que no había visto nada. Solamente tenía ojos para el mar.

Terrible se fue acercando al barco. Hilo Fuerte se asustó otra vez: Terrible no sabía nadar, con seguridad se ahogaría, y ahogándose Terrible se ahogaría él también. ¡Era demasiada mala suerte! Salía de una para caer en otra.

La gente estaba muy cerca. Terrible empezó a tragar agua y a hundirse.

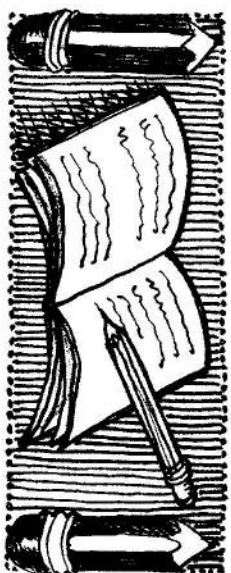
Y fue en ese momento—justo en ese momento—cuando el hilo del anzuelo del pescador reconoció a Terrible. Entendió lo que estaba pasando, se acordó de su amigo, que costó el pensamiento del gallo, y—¡zuque!—dio un viraje y tiró el anzuelo a la cresta de Terrible. El anzuelo pescó la cresta, y el dueño del barco—creyendo que aquel peso era

de un pez—alzó la caña y empezó a enrollar a Hilo de Pesca. Emrolló, emrolló, Terrible fue llegando al barco, llegando, ¡llegó! Solamente entonces vio el hombre que no había pescado un pez, sino un gallo. Pero no se molestó: lo que de verdad quería era tener compañía. Y entonces prendió el motor y se fue.

El barco navegó, navegó, y el que más disfrutó fue Hilo Fuerte: le encantaba viajar, y se dio gusto viendo islas, puertos, peces, viendo tantas cosas que nunca había visto.

Por fin, un día, el barco llegó a un lugar muy lejano y Terrible desembarcó. Allí quería vivir. En paz. Sin tener que ganarles a todos. Allí podría encontrar amigos y dibujar corazones. Y nunca más tendría un dueño que le cosiera el pensamiento.

Los que vieron en la playa las dos plumas de Terrible tal vez pensaron que había muerto. Bobadas. Ahora mismo está gozando de la vida en ese lugar muy lejano. El, y también Hilo Fuerte. Los dos.



## 9. Comencé a pensar diferente

**M**ientras escribía la “Historia de un gallo de pelea y de un carrete de hilo fuerte”, el deseo de escribir enflaqueció tanto que ya no pesaba casi nada. Qué alivio. Terminé por cambiar de opinión: resolví que si quería escribir algo lo debía escribir, y listo. Cartas, novelas, telegramas, lo que se me viniera a la cabeza. ¿Querían reírse de mí? Paciencia. Mejor que se rieran de mí a tener que cargar aquel peso dentro de la bolsa amarilla.



Alfonso andaba muy pensativo. Salía todos los días, se quedaba afuera horas y horas.

—¿Dónde estuviste, Alfonso?

—Buscando una idea por ahí.

—¿La encontraste?

—No.

Hablaba muy poco, ni siquiera con la Paraguas charlaba.

Cuando acabé de escribir la historia de Terrible, se la di para que la leyera. Y eso lo dejó todavía más pensativo. Me preguntó:

—¿De veras crees que así pasaron las cosas?

—Lo creo.

—Entonces no sería mala idea que de vez en cuando fuéramos a la playa de las Piedras, a ver si el barco aparece de nuevo.

—¡Vamos hoy?

Fuimos. Pero no había ningún barco.

Cuando volvíamos, Alfonso gritó de repente:

—¡La encontré!

—¿Qué cosa?

—La idea.

—¿Dónde?

—¡Dentro de tu historia! —y se puso tan alegre que daba gusto verlo; hasta empezó a cantar:



“La encontré, está encontrada  
No la voy a olvidar  
La encontré, está encontrada  
Es hora de empezar”.

—¿Pero cuál es la idea, Alfonso?

114

—Voy a ir por el mundo, a luchar para que no le cosan el pensamiento a nadie —y enseñuida empezó a hacer planes: iría aquí, iría allá, haría esto, haría aquello, cruzaría el mar, se encontraría con Terrible, y no sé cuántas cosas más. De pronto se calló, y frunció la cresta:

—Sólo hay un problema: el mundo es muy grande, y si salgo a pie a luchar me cansaré demasiado.

—¡Ah! ¿Y no sabes volar?

Torció el pico con cara de disgusto:

—El vuelo de los gallos es un vuelito de nada. De vuelito en vuelito no voy a ir muy lejos.

—Tú eres un gallo diferente; ¿por qué no ensayas a volar más alto?

—Pues ahí está el problema —y entonces me contó que toda su vida había tenido el deseo de volar muy alto. Pero nunca lo intentó porque tenía un miedo espantoso de caerse. Hasta que un día se armó de valor y voló hasta el tejado de una casa. Y después hasta las hojas más

altas de una palmera. Y de allí alzó vuelo para tratar de llegar a una nube. Cuando ya iba llegando le fallaron las fuerzas y comenzó a caer. Fue cayendo, cada vez más rápido. Y si no hubiera tenido la suerte de que un gallinazo pasó a su lado y le preguntó “¿quieres que te lleve?”, hoy sería un gallo muerto.

—Me llevé un susto tremendo, ¿sabes, Raquel? A partir de entonces, todas las semanas me digo: el lunes muy temprano voy a ensayar otra vez. Pero cuando llega la hora no me decido y aplazo el vuelo para el lunes siguiente.

—¿Hace cuánto andas en eso?

—Desde pequeño.

La Paraguas quiso saber de qué habla-ba Alfonso. Él le contó todos sus planes, punto por punto. Y ella habló, habló, habló, y al final lloró.

—¿Qué pasa, Alfonso? ¿Por qué llora la Paraguas?

Alfonso había puesto una cara tan triste que pensó que también iba a llorar.

—Quiere irse conmigo; dijo que se va a morir de nostalgia. Pero la cuestión es que no puede viajar.

—¿Por qué?

—Tiene quebraduras por todas partes; a duras penas se puede mover.

El Gancho de Pañal saltó del bolsillo bebé y rasgó con su punta en la tela de la bolsa:

—El día que salí de la fábrica, vi una tienda donde reparan cualquier cosa. Incluyendo paraguas.

—  
116

Alfonso se animó.

—¡Vamos allá!

Puse al Gancho en la palma de mi mano, y cuando salimos a la calle le pedí que me indicara el camino. Su punta empezó a rayar:

—Derecho. Dobra. Izquierda. Sigue.

Derecha. Adelante. Cruza. Dobra. Derecho. Ya casi. ¡Aquí!

La tienda se llamaba:

LA CASA DE LOS ARREGLOS

Entré. La Casa de los Arreglos estaba dividida en cuatro partes. En la primera había una niña más o menos de mi edad; en la otra, un hombre; en la otra una mujer, y en la otra un viejo. La niña estaba estudiando, la mujer cocinando, el hombre arreglando un reloj, y el viejo arreglando una olla.

Carraspeé, para ver si me miraban. Pero los cuatro estaban tan interesados en lo que hacían que no se dieron cuenta de nada.

La mujer cantaba mientras cocinaba. Una canción linda de verdad. A cada momento probaba la comida, y hacía una cara todavía más feliz.

Tenía una torta en el horno; toda la casa olía a torta. Un olor tan bueno que Alfonso, mis deseos, el Gancho, todos se pusieron a mirar por la ventanilla del horno para ver la cara del olor. Dije:

—  
117

—¡Hmmm, qué deliciosa! —pero nadie me oyó.

La niña estaba dibujando un mapamundi. Escogía los colores para que cada país quedara tan bonito como los otros, escribía los nombres de las capitales, de las ciudades, se quedaba pensando, miraba en los libros, escribía de nuevo, volvía a dibujar.

El hombre se llevó el reloj al oído, y dijo muy satisfecho:

—¡Ah, ahora sí, el tic tac está bien, ahora sí!

El viejo miró el fondo de la olla y dijo: —Voy a soldar tan bien esta olla que va a durar todavía muchos años —se echó a reír—. ¡Tontuelal! Pensaste que porque estabas vieja ya no servías para nada.

Y los otros cuatro dejaron lo que estaban haciendo para reírse de la olla, que

era tan boba, la pobre, que pensaba que por ser vieja ya no serviría para nada.

La pared del fondo de la Casa de los Arreglos estaba llena de libros. Libros por todas partes, desde el suelo hasta el techo.

—

118

Alfonso sintió que debía decir algo, y dijo:

—Hola —pero en voz muy baja. Creo que a propósito, para que nadie oyera.

El hombre colgó el reloj en la pared:

—Listo, ya estás curado —tomó un vaso roto, y le dijo, muy risueño—: Veamos cómo te voy a pegar —lo examinó con mucho cuidado—. Vas a quedar como nuevo. A nadie se le va a ocurrir cuando te vea que te iban a echar a la basura.

Había miles de cosas colgadas de la pared: sillas, ropas, bolígrafos, radios, bicicletas; hasta había un perro de verdad, con un bozal en la boca. Me rasqué la cabeza: ¿también a él lo iban a reparar?

En ese momento me vieron. Me saludaron con mucha amabilidad. Tomé la Paraguas, y se la mostré al hombre:

—¿Me podría arreglar esta Paraguas?

El hombre la miró con atención:

—¡Vaya golpes que debe haber recibido!

—Ni se lo imagina. Y ahora no puede abrirse, ni volverse grande, ni nada. ¿Tiene arreglo?

—Claro que tiene. Casi todo tiene arreglo.

—¿Y el perro? ¿También está aquí para que lo arreglen?

—

Cuando iba a contestarme, el reloj empezó a sonar. Era un reloj grandote, de pared. Y daba la hora tocando música. Pero no una música antigua: era una música tan alegre que todos dejaron lo que estaban haciendo y se pusieron a bailar. Habían unos pasos estupendos, se reían, cantaban, a cuál más animado. Me invitaron al baile. Vacilé, sin saber si iba o no iba. Pero el reloj tocaba cada vez mejor, y Alfonso se animó tanto que saltó fuera de la bolsa y gritó:

—¡Vamos, Raquel!

Entonces me decidí. Alfonso hizo pareja con la niña, y yo con el viejo. Éste hacía los pasos más increíbles que yo hubiera visto. Quise imitarlo, me enredé, me eché a reír, los demás se rieron también. Pero no nos reíamos solamente de mis errores; nos reíamos de todo: a cada segundo Alfonso soltaba un quiquiriquí genial, el viejo no paraba de inventar pasos fantásticos, el

reloj se balanceaba al compás de la música; todo era tan lindo, tan divertido, que no había más remedio que reírnos.

No sé cuánto tiempo duró la fiesta. Solamente sé que, de pronto, la música dejó de sonar. Todas las músicas, cuando van acabando, se van poniendo más lentas, más serias, y uno sabe que van a terminar. Pero la música del reloj no. Se detuvo de repente, sin ningún aviso. Y entonces la niña, el hombre, el viejo y la mujer también se detuvieron de repente, junto con la música. Miraron para darse cuenta de dónde estaban: el hombre estaba parado junto al fogón, el viejo al lado del mapa, la niña al lado de la Paraguas, y la mujer muy cerca de la olla y de los útiles de soldar. Sin decirse palabra, el hombre empezó a



cocinar, el abuelo abrió unos libros y se puso a estudiar, la mujer comenzó a soldar la olla, y la niña examinó la Paraguas con aire de quien entiende de paraguas, y me preguntó:

—¿Tienes prisa?

—Hmm... así, así.

—Entonces mañana está listo.

Pero yo no me moví; quería entender mejor a la gente de aquella casa. Señalé al hombre:

—¿Es tu papá?

—Sí —y entonces me presentó a los tres—: Mi papá, mi mamá y mi abuelo.

Me sonrieron con mucha amabilidad.

Casi en un susurro, le pregunté a la niña:

—¿Por qué tu papá está cocinando?

Ella me miró curiosa:

—¿Qué dijiste? No te oí bien.

Repetí, todavía más bajo:

—¿Por qué tu papá está cocinando, y tu mamá soldando la olla?

—Porque ya ella cocinó bastante hoy, y él reparó un montón de cosas; y yo también estudié ya mucho, y mi abuelo soldó muchas ollas: era el momento de cambiarlo todo.

—¿Por qué?

—Para que nadie sienta que está haciendo demasiado una sola cosa. Y tam-

bién para que nadie sienta que está haciendo una cosa menos agradable que la que hacen los otros.

—¿Tu abuelo está estudiando?

—Está.

—¿Tan viejo? (Era un poco incómodo conversar con ella: solamente yo cuchicheaba; ella hablaba con voz normal, y todos la oían).

—Sólo es viejo por fuera. Su pensamiento se mantiene joven.

—¿Por qué?

—Porque siempre está estudiando. Casi más que papá y mamá.

—¿Ellos también estudian?

—Aquí en casa nunca vamos a dejar de estudiar.

—¿Toda la vida?

—Siempre hay cosas nuevas para aprender.

—¿Y quién decide lo que estudia cada uno?

—¿Cómo dices?

—¿Quién es el que decide las cosas? ¿Quién es el jefe?

—¿Jefe?

—El jefe de la casa. ¿Quién es? ¿Tu papá o tu abuelo?

—¿Pero por qué debe haber un jefe?

—Para resolver todo, claro. Para decir lo que cada uno va a estudiar.

—Cada uno estudia lo que más le gusta. Aquí sobran los libros; escogemos el que queremos. El abuelo está estudiando ahora teatro de títeres: piensa hacer uno en la plaza.

—Pero... ¿Y lo otro?

—¿Qué otro?

—¿No hay siempre un montón de cosas para resolver? ¿Quién las resuelve?

—Nosotros cuatro. Para eso, marcamos todos los días una hora para resolver cosas. Como tuvimos hace un rato la hora del juego. Nos sentamos a la mesa y resolvemos lo que haya que resolver. Resolvemos un problema que surgió con la vecina; resolvemos si vamos a jugar más de lo que vamos a trabajar; o si vamos a estudiar más de lo que vamos a jugar; resolvemos cuál va a ser la comida; cuánto se va a gastar en ropa, en víveres, en libros; resolvemos todo ese tipo de cosas. Cada uno da una idea. Y al final se resuelve lo que a la mayoría le parece mejor.

—¿Y tú también puedes dar una idea?

—¡Claro! Yo también vivo aquí, también estudio, también cocino, también arreglo. Aquí todos damos ideas por igual.

—¿De verdad puedes?

—¡Por qué no voy a poder!

En ese momento sonó otra vez el reloj. El hombre se animó más todavía y gritó:

—¡A almorzar! La comida está lista —abrió el horno, sacó la torta, me preguntó si quería almorzar con ellos, y yo acepté enseñuida. Y le pregunté a la niña:

—¿Cómo te llamas, eh?

—Lorelai.

Me quedé no sé cuánto tiempo en la Casa de los Arreglos. Para ser franca, no sentí pasar las horas. El abuelo de Lorelai me contó cómo pensaba construir el teatro de títeres; el papá de Lorelai me enseñó a hacer unas tortas maravillosas; y la mamá de Lorelai conversó tanto conmigo que hasta parecía que no tuviera nada distinto que hacer. Le conté cómo se engordaban mis deseos; le hablé del patio de mi casa; y cuando le mostré los retratos le pareció tan bonito que resolví regalárselos.

—¿Y cuándo quieras mirar los retratos? ¿Qué vas a hacer?

—Vengo aquí. Es una buena disculpa para venir.

Ella se rió. Y yo me puse a pensar que los grandes no eran tan difíciles de entender como creía antes.

En ese momento, Alfonso dijo:

—Mira, Raquel, ya es de noche.

—¡Uh! —me asusté: había salido muy temprano de casa, mi familia ya debía estar preocupada; ¡cómo se había pasado así el tiempo, sin que me diera cuenta? Me despedí aprisa de todos, Lorelai me acompañó hasta la esquina, prometimos ser amigas para siempre, y ya ella se regresaba cuando Alfonso asomó la cabeza por la ventana y preguntó:

—¿Y el perro que estaba colgado? ¿También es para arreglar?

—Sí, también.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Algo muy raro: sólo piensa en morder a la gente. Vamos a tratar de arreglarle el pensamiento para que piense en otras cosas también. ¡Chau!

En el camino, Alfonso dijo:

—Apuesto a que a ese perro le cosieron el pensamiento. ¿Te fijas cuántos andan por ahí con el pensamiento cosido? Cada vez está más claro que debo salir por el mundo a luchar por mi idea.

En casa estaban preocupados. Les hablé de la Casa de los Arreglos, pero de nada sirvió. Me castigaron: me quedaría una semana sin salir. Precisamente en mi última semana de vacaciones.

No sé si fue por el disgusto del castigo, o qué pasó: me acosté y no pude dormir. Apagaron la luz. Me quedé pensando en la Casa de los Arreglos. Todos dormidos, y yo sin una pizca de sueño.

Antes, me ponía muy nerviosa cuando toda mi familia se dormía y yo no. Para entretenerme en la oscuridad me ponía a imaginar que yo no era yo. Inventaba nombres:

Reinaldo.

Arnaldo.

Aldo.

Geraldo.

Yo tenía cualquiera de esos nombres. Jugaba fútbol, trepaba a los árboles, elevaba cometas, era escritor (¡o tal vez mejor ser médico?), decidía todo por mi cuenta, nadie me decía:

—Esas son cosas de hombres.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Porque sí no explica nada. ¡Explíquemme!

—Después.

—¿Cuándo?

—Después.

Pedro.

Antonio.

¿Pedro Antonio, o Antonio a secas?

Pedro, a secas.

Pero el después se demoraba, se demoraba, no llegaba nunca. Y yo seguía inventando:

Roberto.

Alberto.

Norberto.

Gilberto.

A ver si podía dormirme y la noche pasaba.

Pero eso era antes. Aquella noche me quedé pensando en la Casa de los Arreglos y no me importó estar sin sueño. Para ser franca, hasta disfruté. Y, hablando de disfrutar, cómo disfrutaba ser mujer la mamá de Lorelai; y cómo disfrutaba Lorelai ser niña. Le parecía que ser niña era tan estupendo como ser niño. ¿Y si era verdad? ¿Y si yo podía ser como Lorelai?

Cuando estaba en lo mejor de mis pensamientos, Alfonso me llamó en voz baja:

—¡Hey! ¡Cómo vamos a hacer?

—¿Hacer qué?

—La Paraguas va a estar arreglada mañana, pero tú estarás castigada una semana. ¡Cómo vamos a hacer?

—Vas solo, recoges a la Paraguas, llevas una carta que le voy a escribir a Lorelai, y le dices que iré por allá cuando termine mi castigo.



—No tengo dinero para pagar el arreglo.

—Ni yo.

—¿Qué hacemos entonces?  
Pensé.

—Lleva la "Historia de un gallo de pelea y de un carrete de hilo fuerte". Tal vez te cambien la historia por el arreglo.

128

Los de la bolsa amarilla estaban locos por saber si al enderezar a la Paraguas su historia se enderezaba también. Después del almuerzo, Alfonso salió en puntillas con mi carta y la historia de Terrible debajo del ala. Se demoró en volver. Se demoró una barbaridad. Cuando al fin regresó con la Paraguas yo estaba nerviosísima.

—¿Qué pasó, Alfonso?

—¡Mira qué bien quedó! ¡Está como nueva!

La Paraguas tenía la cara más feliz del mundo. Se abrió, se cerró, tosió, estornudó, pasó de pequeña a grande y de grande a pequeña, rió y me mostró las varillas nuevas.

—¿Y su historia? ¿Se arregló también?

—Pues por eso me demoré: la Paraguas se puso a recordar el resto de la historia.

—¡Ah! ¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos el final!

Y Alfonso contó:

El día en que la Paraguas se estropeó, habían salido con ella en medio de un aguacero tremendo. Llegaron a casa, y la dejaron abierta junto a la ventana para que se secara. Tenía mucho frío, y queriendo calentarse empezó a pasar de pequeña a grande, de grande a pequeña, de pequeña a grande, hasta que crujió, se estropeó, no pudo seguir cambiando de tamaño. En ese momento sopló un viento muy fuerte. El viento se llevó la lluvia, trajo una tarde linda, pasó cerca de la ventana y ¡vuuuuuuu! cargó con la Paraguas por los aires. Ella vivía en el octavo piso, ¡entíendes?

—¡Ah, pobrecita! ¿se cayó desde esa altura?

—Nada de pobrecita: descendió con toda suavidad, despacio, volando un poco hacia allá, un poco hacia acá, disfrutando la vista, sintiendo el viento en la cara; descendió como un paracaídas. ¡Y le encantó! Le pareció tan estupendo que ya en la mitad de la bajada había resuelto que cambiaría de vida: quería ser un paracaídas.

—¿De veras?

129

—De veras. Pero no pudo: cayó mal y se quebró cuatro costillas.

—¿Desde cuándo tienen costillas los paraguas?

—Tienen varillas, que es lo mismo. Entonces la llevaron al hospital. Pero se equivocaron de médico y fue a caer en manos de un dentista. El dentista obturaba caries el día entero, veía caries por todas partes, ni se dio cuenta de que ella era un paraguas, obturó las varillas y asunto arreglado. La Paraguas no volvió a funcionar jamás: una varilla es ese tipo de cosa que no se puede obturar. De modo que ya nadie la usaba. Todo el tiempo permanecía colgada en un perchero que había cerca de la ventana. Si alguien decía: "Ese paraguas..."

—¿No sabían que era mujer?

—Ella no hablaba con nadie: sabía que era inútil, no iban a entender nada. Entonces, si alguien decía: "Ese paraguas ya no sirve", otro le contestaba: "¡Sí sirve! Sirve como adorno; ¡es tan bonito!" Y la Paraguas se ponía tristísima.

—¿Por qué? ¿No le gustaba ser bonita?

—Sí le gustaba. Pero le parecía que ser solamente bonita era poca cosa: si de repente se destiñera, iba a dejar de ser bonita;

y ahí sí que no serviría para nada, porque dejaría de ser la única cosa que era. ¿Entiendes?

—Más o menos. Después veré si lo entiendo mejor. Sigue.

—Había también otra cosa que la deprimía mucho: se quedaba mirando por la ventana, pensando en la dicha de ser paracaídas, queriendo disfrutar otra vez aquel viaje. Volar muy despacio, con el viento en la cara; caer suavemente al suelo... Hasta que un día no resistió más: saltó a la ventana, casi revienta de hacer fuerza, y por fin logró abrirse un poquito. Esperó que pasara un viento, y allá se fue. Pensó que por el camino podría abrirse más.

—¡Oh, Alfonso! ¿De verdad? ¿Se tiró desde allá arriba sin saber si se iba a abrir o no?

—Se arriesgó.

—¡Pero qué riesgo!

—Un riesgo. Tan grande como el fastidio de vivir siempre ahí colgada, siendo bonita y nada más.

—¿Y entonces?

—No se abrió.

—¡Ufi!

—Se estrelló contra el suelo, se quebró otras tres costillas, no pudo siquiera levan-

tarse. Fue cuando la encontré. ¿Recuerdas? Aquel día en que volvíamos de la escuela y salí a buscar una idea.

Bastó que Alfonso acabara de contar la historia para que la Paraguas empezara a hablar hasta por los codos.

132

—¿Qué está diciendo?

—Se muere por hacer otra vez de paracaídas.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Y la Paraguas se quería salir como fuera de la bolsa amarilla y tirarse por la ventana. Nos costó hacerle entender que debía ensayar un poco más sus costillas nuevas antes de volver a arriesgarse. Pero acabó entendiendo. Y todos nos fuimos a dormir.

Ya estaba durmiendo a pierna suelta cuando Alfonso me despertó:

—¡Olvidé decirte algo, Raquel! También arreglaron el nombre de la Paraguas. ¿Sabes cómo se llama? Nakatar Compañía Limitada.

—¿Cómo?

—Es el nombre de la fábrica donde la hicieron. Todo lo que sale de allá sale con ese nombre.

—¿Qué horror.

—Pues así es.

Al día siguiente empezamos a llamar a la Paraguas Nakatar Compañía Limitada. Pero no resultó. Y siguió llamándose la Paraguas, como siempre.

133



---

## 10. En la playa

**M**i semana de castigo fue magnífica: escribí todo lo que se me vino a la cabeza, y todo lo que pasaba en la bolsa amarilla. Les escribí también a los habitantes de la Casa de los Arreglos. Los cuatro me respondieron enseguida. Cada carta, linda de verdad. Y me puse a pensar en lo distinto que es todo cuando se tienen amigos.

Mi vida fue mejorando. Ya casi no inventaba cosas, y mi familia se ponía me-

nos en contra mía. Comencé a creer que ser niña podía ser tan estupendo como ser niño. Y entonces mis deseos empezaron a enflaquecer. Enflaquecieron, enflaquecieron, hasta que un día pensé: en cualquier momento van a desaparecer.

Las clases comenzaron de nuevo. Una noche soñé que estaba en la playa elevando cometas. Desperté y le dije a Alfonso:

—¿Sabes? Me decían que no podía elevar cometas.

—¿Por qué?

—Me explicaban que era un juego para chicos.

—¡Ah!

—¿Ves? Tantas cosas eran solamente para chicos, que acabé pensando que el asunto era nacer niño. Pero ahora sé que el asunto es otro. ¡Vamos a la playa a elevar cometas!

Alfonso aceptó. Empecé a juntar las cosas que necesitaba: hilo, tijeras, un frasco de pegante. Le pedí unas monedas a mamá y fui a la papelería a comprar unas hojas de papel de seda.

—El cielo está muy gris —dijo Alfonso—. Compra papel rojo, se verá lindo en medio de tanto gris.

Lo compré. Pero también compré papel amarillo: el amarillo me encanta.

—Vas a necesitar bambú.

—No, no lo necesito.

—Claro que sí; no entiendes nada de cometas.

—Sí que entiendo.

—¡Lo vas a necesitar, Raquel!

—Ya verás que no.

Y no compré bambú, ni palillos, ni nada. Fuimos a la playa de las Piedras. La Paraguas empezó a hablar, tan deprisa que se atragantó. Pero siguió hablando como pudo hasta que llegamos a la playa. Cuando acabó, Alfonso estaba vibrando:

—¿Te fijas, Raquel? No es por nada que aprecio tanto a la Paraguas: tiene muy buenas ideas. ¿Sabes lo que me dijo? Que ya no tengo por qué tener miedo de volar alto. Ella irá conmigo, y si me caigo hará de paracaídas; y si me caigo otra vez, hará de nuevo; y así toda la vida. ¡Me dijo que llegó la hora de que salgamos por el mundo a luchar por mi idea, llegó la hora de comenzar su vida de paracaídas! —saltó fuera de la bolsa, ayudó a saltar a la Paraguas, y cantó a gritos aquello de “La encontré, está encontrada, no la voy a olvidar”. Al ver que no había nadie en la playa se puso todavía más feliz—: Mira, con este día tan feo la playa está vacía; no

hay peligro de que le caigamos a alguien en la cabeza.

La Paraguas se desatragantó y empezó a brincar de acá para allá, abriéndose, cerrándose, no se estaba quieta un segundo. Cualquiera podía ver que estaba loca de ganas de empezar su nueva vida, de subir de una vez hasta el cielo.

Me quedé muda. Sin saber si estaba triste o contenta. Si se iban, la bolsa amarilla sería mucho más fácil de cargar; pero... qué sé yo. Miré el mar, para ver si veía el barco que se llevó a Terrible. Pero el mar estaba más vacío que la playa.

De pronto, Alfonso se puso nervioso. Miraba el cielo, abría las alas, ensayaba a volar. Y a cada segundo explicaba, con una risita:

—Estoy entrenando —y volvía otra vez a sus vuelos y a sus aleteos. Estuvo en esas tanto tiempo que la Paraguas comenzó a impacientarse. Él entonces se puso la máscara, y dijo:

—Bien, ya me voy; quiero decir, nos vamos.

—¡Para qué la máscara, Alfonso?

—¡Te imaginas si me encuentro con un avión allá arriba?

—¡Y qué hay con eso?



—Y si mi antiguo dueño está en el avión, y me ve por la ventanilla? —ajustó bien la máscara—. ¡Te imaginas si abre la ventanilla, me agarra y me lleva de nuevo al gallinero? —abrió las alas. La Paraguas, más que de prisa, se amarró a él con la cadenita, y se empinó cuanto pudo, lista para entrar en acción. Él voló hasta una roca, y después de tomar aliento empezó a imitar a los pájaros, batiendo con fuerza las alas para tomar impulso y subir. Y subió, subió, más y más. Al darse cuenta de lo alto que había llegado, sintió tal felicidad que empezó a reír a carcajadas. Reía hasta que le saltaban las lágrimas. Ya casi no tenía fuerzas para batir las alas. Comenzó a perder altura y se llenó de pánico.

Cuando vi que venía directo al suelo, me entró pánico también. Y entonces (¡qué cosa linda!) la Paraguas se abrió.

Bastó que ella se abriera para que Alfonso dejara de caer.

Empezaron a bajar, muy despacito; hasta parecía una pintura colgada en el aire —ella, con aquella gracia tan suya, y él con la cola más despeinada que nunca a causa del viento que le movía las plumas—, una pintura tan bonita que daba gusto mirarla.

El viento los llevó lejos; corrí. Pero cuando llegué, el viento los trajo de vuelta; volví a correr, y por fin nos encontramos: en ese momento los dos se posaron con toda suavidad en la arena.

La Paraguas estaba tan contenta que ni quería levantarse: se quedó allí, haciendo pereza. Pero Alfonso cantaba, daba volteretas, bailaba y no paraba de hablar:

—Ahora sí puedo salir por el mundo, volando muy alto sin temor a caerme. Ahora sí puedo luchar por mi idea. Ahora sí, todo va a ser maravilloso —y de voltereta en voltereta llegó a la orilla del mar. Vino una ola y ¡plaf! lo embistió, haciéndolo caer. Quiso levantarse, no pudo, la ola lo arrastró, desapareció.

—¡Alfonso, Alfonso!

Vino otra ola. Y después vinieron más, una tras otra, pero ninguna traía a Alfonso de vuelta. Miré la arena: la Paraguas no había visto nada, estaba durmiendo. Crité otra vez, llamando a Alfonso. Pero no aparecía. Entonces me metí al mar, de uniforme, zapatos, bolsa amarilla y todo lo demás. Alcancé una ola, me zambullí muy hondo, y si no me quedé de boca abierta fue por no tragar agua: ahí estaba Alfonso, muy satisfecho, charlando tranquila-

mente con un grupo de peces, contando la historia de Terrible, diciéndoles que si alguien quisiera coserles el pensamiento no lo debían permitir, y blablabla. Cuando me vio dijo:

—Raquel, imagínate que ninguno de estos peces tiene nombre. Para llamar a sus amigos dicen ¡Hey! ¡Oye! ¡Camarada!

De repente, y por primera vez en mi vida, pensé que Raquel era un nombre lindo; pensé que no me hacía falta escoger otro. Abrí la bolsa, saqué todos los nombres que guardaba en el bolsillo acordeón, y se los entregué a Alfonso. Él los fue repartiendo entre los peces:

—¡Eh, tú! ¡Te gusta el nombre de Andrés? Pues aquí lo tienes, te lo regalo. ¡Y tú? ¡Qué tal Reinaldo? ¡O preferes Gerardo? ¡Ah, eres mujer? ¡Entonces cómo te parece Lorelai!

Pero no pude oír más: se me acabó el aire y tuve que salir del mar. Empecé a temblar de frío; el mejor modo de calentarme era elevar una cometa. Recorté y pegué los papeles para hacer dos colas bien largas. Cuando Alfonso salió del mar ya casi estaba terminando. Él se quedó mirándome, con la cresta fruncida:

—¡Qué negocio es ése, Raquel! ¿Para qué dos colas?





—Son dos cometas, tú elevas una y yo otra. Apostaremos a cuál sube más—preparé dos rollos de hilo—. ¡Listo!

—¡Listo qué? ¡Dónde están las cometas?

Abrió la bolsa amarilla y saqué mi deseo de ser niño y mi deseo de ser grande. Habían enflaquecido tanto que parecían casi de papel.

—Aquí están. Ahora solamente falta ponertes la cola y amarrar el hilo.

Alfonso abrió los ojos del asombro:

—¿No vas a volver a esconder tus deseos dentro de la bolsa amarilla?

—No. Se dieron cuenta de que ya no me hacían falta, y me preguntaron si podían irse. Les dije que sí. Entonces quisieron saber si podían irse volando como cometas, y les contesté: "por supuesto".

—¿Y tu deseo de escribir?

—Ah, ése no lo voy a soltar. ¡Pero sabes algo? Ya no pesa nada: ahora escribo todo lo que quiero, y él no tiene tiempo de engordarse.

Las colas quedaron estupidas. Una roja y otra amarilla. Tomé el deseo de ser niño; Alfonso tomó el deseo de ser grande, y nos pusimos a ver de dónde venía el viento. Cuando grité "¡ya!" echamos a

correr con las cometas. Y allá se fueron las dos, sacudiendo las colas.

—¡Vaya! ¡Cómo me divertí elevando aquella cometa! Ya estaba cansada de ver niños elevando cometas; sabía todos los pasos, las reglas, sabía mirar la dirección del viento, lo único que no sabía era lo lindo que es sentir el jalón del hilo en la mano.

A cada momento, Alfonso gritaba:

—¡La mía está más alta! —y empezaba a darle hilo.

Yo hacía igual:

—¡Qué nada, es la mía, mira!

El tiempo empeoró. El cielo se fue llenando de nubes oscuras.

Y suelte y suelte hilo. ¡Mis deseos estaban ya tan lejos! Nos quedamos mirándonos. Ni nos dimos cuenta cuando los hilos se acabaron y se fueron volando también.

El viento sopló más fuerte. Las cometas mecieron las colas y desaparecieron detrás de las nubes. Esperamos mucho tiempo. Pero no volvieron a aparecer. Entonces

Alfonso resolvió:

—Bueno, ya es hora de salir a viajar por el mundo.

—¿Pero te irás hoy?

—Ahora mismo.

—¿De verdad?

—De verdad.

Me quedé muy quieta, pensando qué iría a pasar. Él despertó a la Paraguas, y después dijo:

—Me vas a hacer mucha falta, Raquel.

—

146

Pero cualquier día nos damos una vuelta por aquí.

—Trato hecho. Cuando venga a buscar el barco los busco también a ustredes.

—No te olvides de mirar detrás de las piedras: de pronto estamos ahí, haciendo un picnic, y ni siquiera te das cuenta.

—No se me olvidará.

Nos dimos un gran abrazo, y la Paraguas se echó un discurso enorme. Alfonso traidujo:

—Dijo "chau".

Los dos se prepararon; y al emprender el vuelo, ella todavía alcanzó a lanzarme un beso. Un segundo después desaparecieron.

Tantas cosas estaban desapareciendo en el aire que ni sé lo qué pensé. Solamente sé que comencé a llover, y cuando fui a cerrar la bolsa amarilla vi al Gancho de Pañal. Lo saqué. Más que de prisa su punta se abrió y empezó a rayar en mi mano:

—¿Puedo quedarme? Ya estoy muy acostumbrado a vivir en la bolsa amarilla.

No peso nada... y además es bueno que andes siempre conmigo: de repente algún deseo tuyo comienza a crecer más de la cuenta, y yo ¡pin! le doy un buen pinchazo. ¿Dejas que me quede?

—Te dejo.

—¿De verdad me dejas?

—De verdad te dejo.

—Entonces déjame.

Lo puse de nuevo en el bolsillo bebé y empujé el camino a casa. La bolsa amarilla estaba tan vacía que daba gusto. Livianísima. Y yo también, qué curioso, yo también me estaba sintiendo muy liviana.

—

147